

William Dalrymple

# EL ÚLTIMO MOGOL

EL OCASO DE LOS  
EMPERADORES DE LA INDIA 1857





«Un libro tan destacable como sorprendente».  
Diana Athill, *Guardian Books of the Year*

«Narrador por naturaleza, Dalrymple relata la dramática historia de la Delhi mogola antes, durante y después del motín de la India de 1857 con una energía y una pasión tales que es imposible no quedar cautivado».  
*Sunday Times Books of the Year*

«Documentado en su totalidad a partir de un preciso conocimiento de los acontecimientos contemporáneos. Sus palabras finales constituyen una lúgubre advertencia, hasta el punto de que solo podemos desear que *El último mogol* encuentre la forma de convertirse en el libro de cabecera de los líderes actuales».  
Lucy Moore, *Daily Mail*

«El libro más ambicioso, persuasivo e inusual de Dalrymple. Aquí se recogen las historias de gentes reales que transitaron por esos tumultuosos tiempos: héroes y villanos, santos y libertinos [...] *El último mogol* constituye la obra más triste y bella de Dalrymple hasta la fecha».  
*Elle*

«Un libro exhaustivo, bien documentado y convincente que destaca entre otros títulos académicos. El principal punto fuerte de este libro descansa sobre la amplitud de sus citas de fuentes primarias inéditas. Al desplegar todo este material, Dalrymple demuestra estar en posesión de dos cualidades fundamentales para un historiador: una extraordinaria comprensión del detalle y la habilidad necesaria para tomar perspectiva».  
Sara Wheeler, *Daily Telegraph*

«Un magnífico y polifacético libro que hace palidecer los simplistas esfuerzos de autores anteriores».  
David Gilmour, *Spectator*

«Una crónica cautivadora [...] El vivificante espíritu de este libro es Delhi en estado puro».  
*Economist*

«Un aterrador regreso a los hechos que cerraron el reinado de Zafar, el motín de la India de 1857, el “Stalingrado del Raj”. El autor ha dado con un maravilloso tesoro oculto de documentos en los Archivos Nacionales de la India y, gracias a estas ricas fuentes, *El último mogol* rebosa de vida, color y complejidad, y hará que hasta el más jingoísta de los lectores reflexione sobre los efectos del dominio británico en la India [...] Se trata de un libro sobresaliente, caracterizado por una cuidadosa investigación, estilo narrativo e imaginativa simpatía. Dalrymple escribe con ardiente indignación, pero sin perder de vista sus obligaciones hacia el lector. El resultado es uno de los mejores libros de historia del año».

*Evening Standard*

«Gracias a una comprensión de la India forjada a lo largo de veinte años de familiaridad con Delhi y una infatigable búsqueda de fuentes primarias, Dalrymple ha producido una cuidada y equilibrada narración del mayor desafío armado afrontado por una potencia europea en el siglo XIX, y de la sangrienta venganza que los británicos desencadenaron sobre quienes osaron alzarse contra ellos».

*Financial Times*

«Dalrymple es un escritor e historiador excepcional, que se ha superado a sí mismo en este último libro. Uno de sus múltiples méritos radica en que se ha apoyado en materiales inéditos de los archivos indios, escritos en urdu y persa, a fin de narrar los hechos desde una perspectiva tanto india como británica. Se trata de un libro tan reivindicativo como notable».

Max Hastings, *Sunday Times*

«Matizado de forma brillante [...] Dalrymple ha escrito aquí una crónica del motín de la India, de los hechos que llevaron hasta el mismo y de sus consecuencias, como no la habíamos visto nunca, contemplada a través del prisma de la vida del último emperador. Describe también con viveza la vida en la capital mogola días antes de que se desencadenara la catástrofe, señala con habilidad cada punto crucial de la historia, algunos de los cuales, en ocasiones, han sido pasados por alto por los historiadores precedentes, y aporta algunas de las más instructivas notas al pie que he leído jamás. Pero, por encima de todo, verbaliza el puro disfrute de investigar sobre una parte de la historia, algo que cualquier auténtico historiador conoce».

Geoffrey Moorhouse, *Guardian*

«Mucho más que otra reconstrucción del motín de 1857, suntuosamente respaldada en las fuentes y bellamente compuesta, la narración de Dalrymple recorre la caída de la dinastía mogol y homenaja la elegancia en extinción de su cultura en la Delhi de comienzos del siglo XIX».

Boyd Tonkin, *Independent*

William Dalrymple

# EL ÚLTIMO MOGOL

EL OCASO DE LOS EMPERADORES  
DE LA INDIA 1857

DESPERTA FERRO

EDICIONES



El último mogol  
Dalrymple, William  
El último mogol / Dalrymple, William [traducción de Victoria Eugenia Gordo del Rey].  
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2022 – 592 p. ; 16 de lám. :il. ; 23,5 cm – (Historia de Asia) – 1.ª ed.  
D.L.: M-9481-2022  
ISBN: 978-84-123817-2-6  
94(540)“18”  
323.269.6

## **EL ÚLTIMO MOGOL**

***El ocaso de los emperadores de la India 1857***

**William Dalrymple**

Título original:

*The last Mughal. The fall of Delhi, 1857*

This translation of *The last Mughal. The fall of Delhi, 1857*

is published by Desperta Ferro Ediciones by arrangement with Bloomsbury Publishing Plc.

Esta traducción de *The last Mughal. The fall of Delhi, 1857*

la publica Desperta Ferro Ediciones según el acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc.

© 2006 by William Dalrymple

ISBN: 978-1-4088-0092-8

© de los mapas e ilustraciones: Olivia Fraser, 2006

© de las imágenes en color: dominio público

© de esta edición:

*El último mogol*

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12, 1.º derecha. 28014 Madrid

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)

ISBN: 978-84-123817-2-6

D.L.: M-9481-2022

Traducción: Victoria Eugenia Gordo del Rey

Diseño y maquetación: David Sancho Bello

Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Primera edición: mayo 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2022 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Advantia Comunicación

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

DESPERTA FERRO



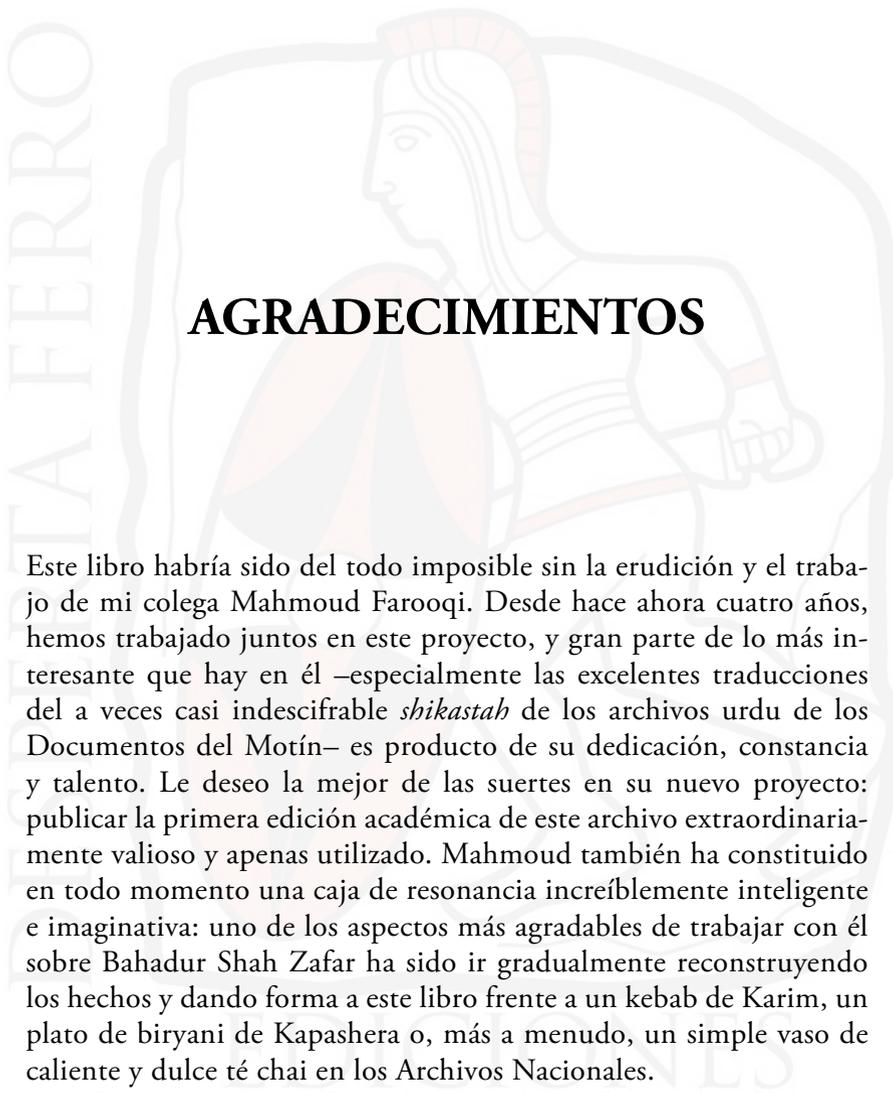
*A mi querida Iby*

EDICIONES

# Índice

Agradecimientos .....	XI
Mapas .....	XV
<i>Dramatis personae</i> .....	XVII
Introducción .....	XXIX
<b>1</b> Un rey de ajedrez .....	1
<b>2</b> Creyentes e infieles .....	35
<b>3</b> Un difícil equilibrio .....	65
<b>4</b> La tormenta se aproxima lentamente .....	97
<b>5</b> La espada del Señor de la Furia .....	129
<b>6</b> Una jornada de desorden y destrucción .....	183
<b>7</b> Una posición precaria .....	223
<b>8</b> Ojo por ojo .....	253
<b>9</b> El cambio de la marea .....	305
<b>10</b> Fuego a discreción .....	349
<b>11</b> La ciudad de los muertos .....	399
<b>12</b> El último de los grandes mogoles .....	457
Glosario .....	501
Bibliografía .....	513
Índice analítico .....	523

EDICIONES



## AGRADECIMIENTOS

Este libro habría sido del todo imposible sin la erudición y el trabajo de mi colega Mahmoud Farooqi. Desde hace ahora cuatro años, hemos trabajado juntos en este proyecto, y gran parte de lo más interesante que hay en él –especialmente las excelentes traducciones del a veces casi indescifrable *shikastah* de los archivos urdu de los Documentos del Motín– es producto de su dedicación, constancia y talento. Le deseo la mejor de las suertes en su nuevo proyecto: publicar la primera edición académica de este archivo extraordinariamente valioso y apenas utilizado. Mahmoud también ha constituido en todo momento una caja de resonancia increíblemente inteligente e imaginativa: uno de los aspectos más agradables de trabajar con él sobre Bahadur Shah Zafar ha sido ir gradualmente reconstruyendo los hechos y dando forma a este libro frente a un kebab de Karim, un plato de biryani de Kapashera o, más a menudo, un simple vaso de caliente y dulce té chai en los Archivos Nacionales.

Quiero agradecer a Bruce Wannell, Yunus Jaffery, Azra Kidway y Arjumand Ara su incalculable ayuda con otras fuentes fundamentales persas y urdu; y por su ayuda en otra infinidad de cosas, al incomparablemente ingenioso Subramaniam Gautam. Margrit Pernau, Rudrangshu Mukherjee y Saul David fueron en todo momento fuente de genero-

sos consejos y ánimos, a medida que me iba embargando el pánico por las dimensiones del material que había asumido.

Al final, la profesora Fran Pritchett de Columbia se ofreció a realizar la revisión más exhaustiva que un manuscrito mío haya recibido nunca. Me llevó casi dos semanas repasar todas sus notas, transcripciones y sugerencias, por lo que casi no puedo ni imaginar la cantidad de su valioso tiempo que ella ha tenido que dedicar a hacerlas. Harbans Mukhia, Michael Fisher, C. M. Naim, Maya Jasanoff, Sam Millar, Sachin Mulji y mis adorables suegros, Simon y Jenny Fraser, fueron también sumamente generosos a la hora de revisar el manuscrito, ofrecer sus comentarios y señalar los errores en cuanto a los hechos o la gramática.

Vicky Bowman removió cielo y tierra para conseguir que yo pudiera entrar en los Archivos de Rangún, mientras que F. S. Aijazuddin realizó una labor similar en Lahore. Aijaz me habló también del magnífico y nunca publicado hasta ahora cuadro al óleo de Zafar que había en el Fuerte Lahore, adonde hubo de trasladarse no una, sino tres veces para fotografiarlo para la cubierta de este libro.

Son muchos los que también han contribuido con su consejo, erudición o amistad, y entre ellos me gustaría citar a los siguientes:

En el Reino Unido: Charles Allen, Chris Bayly, Jonathan Bond, John Falconer, Emma Flatt, Christopher Hampton, Christopher Hibbert, Amin Jaffer, Eleanor O'Keefe, Rosie Llewellyn-Jones, Jerry Losty, Avril Powell, Ralph Russell, Susan Stronge, Veronica Telfer, Pipa Vaughan y Erigid Waddams. También quiero manifestar mi especial agradecimiento a Mehra Dalton, de la maravillosa agencia Greaves Travel, que gestionó todos mis vuelos de Londres a Delhi y viceversa; y a mis hermanos y familiares en Escocia.

En Estados Unidos: Indrani Chatterjee, Niall Ferguson, Glenn Horovitz, Navina Haidar, Ruby Lal, Barbara Metcalf, Elbrun Kimmelman, Tracey Jackson, Salman Rushdie, Sylvia Shorto y Stuart Cary Welch.

En India: Seema Alavi, Pablo Bartholemew, la fallecida Mirza Farid Beg, Rana Behal, Grucharan Das, Sundeep Dougal, John Fritz, Narayani Gupta, Ed Luce, la fallecida Veena Kapoor, A. R. Chalet, Jean-Marie Lafont, Swapna Liddle, Shireen Millar, Gail Minault, Samina Mishra, Harbans Mukhia, Veena Oldenberg, Pradip Krishen, George Michell, Aslam Parvez, Arundhati Roy, Kaushik Roy, Aradhana Seth, Faith Singh, Mala Singh, Manvender Singh y Pavan Varma. Stanley,

Stella y Dougal hicieron un magnífico trabajo para reunirnos a todos en la hacienda del Dr. Chopra.

David Godwin luchó con todas sus fuerzas (e ingenio) para conseguir mi fichaje por Bloomsbury y ha sido un amigo increíblemente leal e inteligente todo este tiempo. Mis diferentes editores me han llenado de buenos consejos: Alexandra Pringue, Nigel Newton y Trâm-Anh Doan en Bloomsbury; Sonny Metha y Diana Tejerina en Knopf; Thomas Abraham, Ravi Singh, David Davidar y Hemali Sodhi en Penguin India; Paolo Saninoni en Rizzoli; y Marc Parent en Buchet Chastel. Sobre todo, quiero darle las gracias a Michael Fishwick, que ha sido mi experto editor y generoso amigo durante veinte años en HarperCollins y actualmente, justo dos décadas después de contratarme para *In Xanadu*, en Bloomsbury.

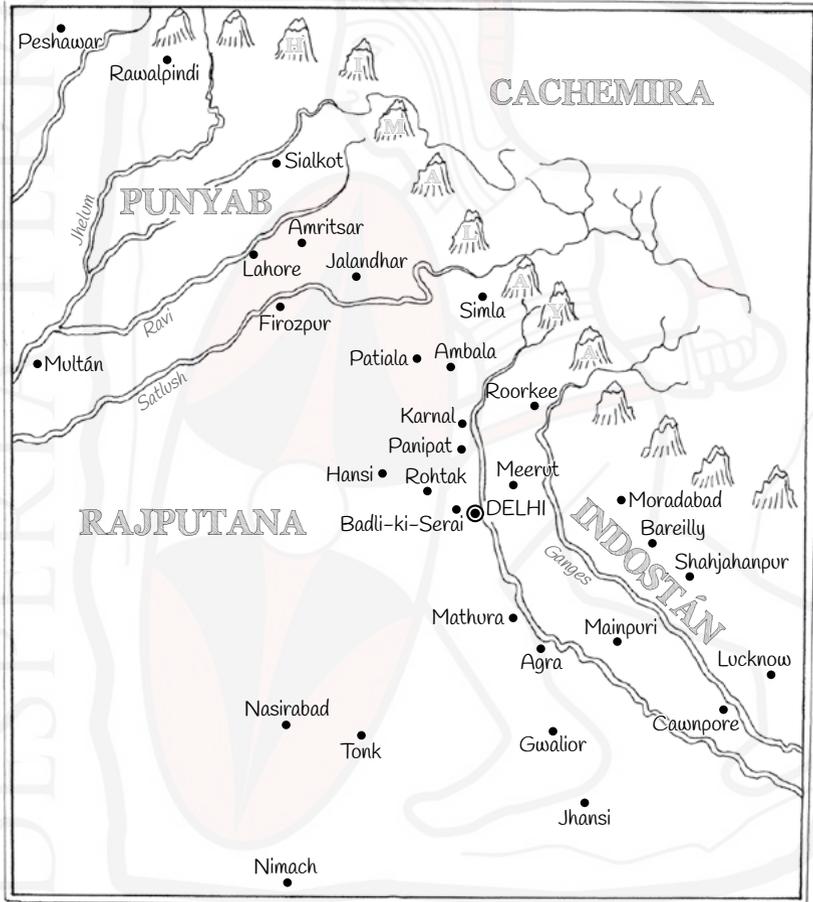
Escribir un libro supone una fuerte presión incluso para las familias más pacientes, y yo he sido especialmente afortunado con la mía: no solo todos ellos tuvieron que dejar su casa y colegios de Londres para trasladarse a Delhi mientras investigaba para este libro, sino que Sam y Adam también tuvieron que quedarse sin que les leyera sus cuentos antes de dormir hasta que acabé de hacerlo; y mi tierna, bella y dulce esposa Olivia ha sido casi sobrehumanamente sensible y paciente con su marido cuando este se aisló de la vida familiar durante seis meses para penetrar en los rincones más secretos de la corte mogola.

Algo que me ha resultado en especial conmovedor es el interés mostrado en todo el proyecto por mi hija de once años, Ibby. Tras nombrarse a sí misma editora jefe, se reveló como una crítica literaria sorprendentemente dura, sobre todo respecto a la tendencia de su padre a utilizar, como ella dice, «demasiadas palabras». Este libro –algo más corto de lo que de otro modo hubiera sido– está dedicado a ella, con todo mi amor.

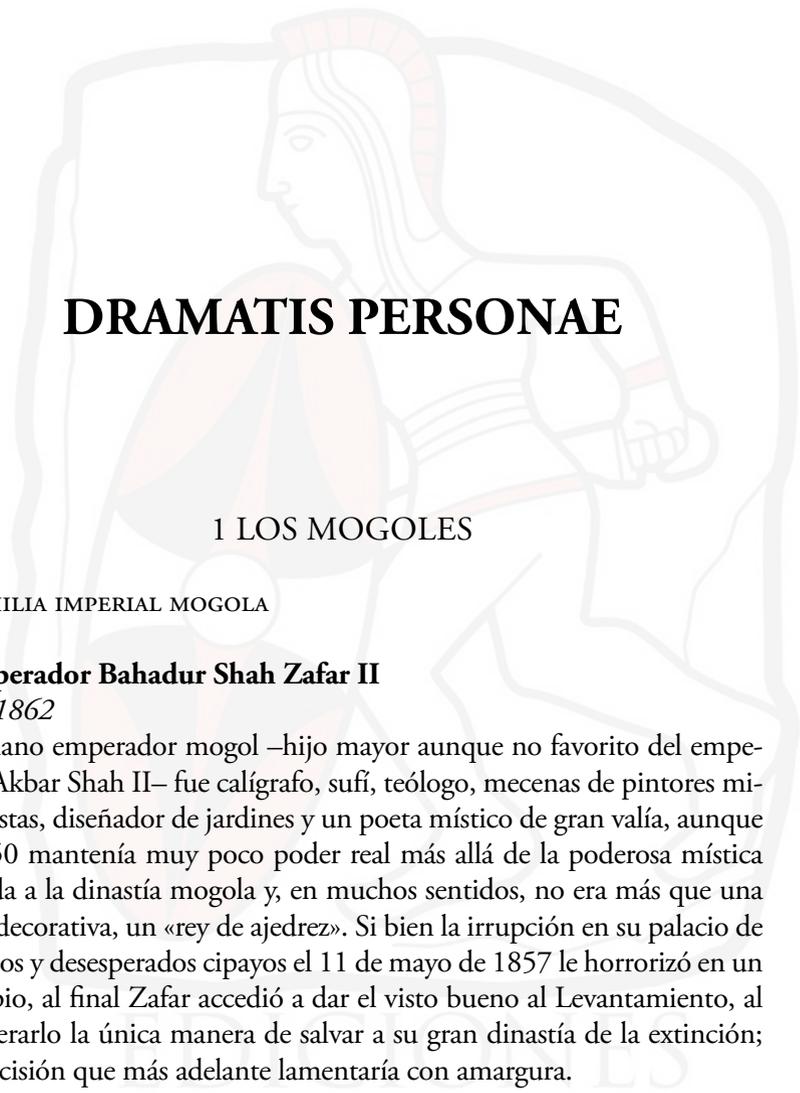
DE  
EDICIONES



# NOROESTE DE LA INDIA EN 1857



EDICIONES



# DRAMATIS PERSONAE

## 1 LOS MOGOLES

### LA FAMILIA IMPERIAL MOGOLA

#### **El emperador Bahadur Shah Zafar II**

*1775-1862*

El anciano emperador mogol –hijo mayor aunque no favorito del emperador Akbar Shah II– fue calígrafo, sufi, teólogo, mecenas de pintores miniaturistas, diseñador de jardines y un poeta místico de gran valía, aunque en 1850 mantenía muy poco poder real más allá de la poderosa mística asociada a la dinastía mogola y, en muchos sentidos, no era más que una figura decorativa, un «rey de ajedrez». Si bien la irrupción en su palacio de los rudos y desesperados cipayos el 11 de mayo de 1857 le horrorizó en un principio, al final Zafar accedió a dar el visto bueno al Levantamiento, al considerarlo la única manera de salvar a su gran dinastía de la extinción; una decisión que más adelante lamentaría con amargura.

#### **La begum nabab Zinat Mahal**

*1821-1882*

Esposa favorita de Zafar y la única procedente de familia aristocrática: cuando se casaron en 1840, ella tenía diecinueve años y él sesenta y

cuatro. Tras derrocar a su rival la begum Taj Mahal del puesto de esposa favorita y alumbrar un hijo, el mirza Jawan Bakht, concentró todos sus esfuerzos en que su hijo –el decimoquinto de los dieciséis hijos de Zafar– fuera declarado heredero. Aunque siempre se consideró a Zafar bajo su completa influencia, durante 1857 los límites de su poder sobre él se pusieron claramente de manifiesto.

### **La begum Taj Mahal**

Bella hija de un humilde músico de la corte, Taj presidió las celebraciones que acompañaron el acceso de Zafar al trono en 1837 como esposa favorita y jefa de su harén. La decadencia de Taj comenzó cuando Zafar se casó con Zinat Mahal, de diecinueve años, en 1840. En 1857 fue encarcelada por un supuesto romance con el sobrino de Zafar, el mirza Kamran, y quedó cruelmente apartada tanto de Zafar como de Zinat Mahal.

### **El mirza Fakhru, alias mirza Ghulam Fakhruddin**

*1818-1856*

Cuando el hijo mayor de Zafar, el mirza Dara Bakht, murió a causa de unas fiebres en 1849, los británicos dieron por hecho que el heredero al trono de Zafar sería su siguiente hijo, el mirza Fakhru. Este fue un poeta e historiador muy dotado y famoso, pero bajo la influencia de Zinat Mahal, Zafar trató sin éxito de impedir su nombramiento como heredero a favor del hijo de quince años de Zinat, el mirza Jawan Bakht. Fakhru falleció en 1856, probablemente a causa del cólera, aunque los rumores de palacio atribuyeron su muerte a un envenenamiento.

### **El mirza Mughal**

*1828-1857*

Quinto hijo de Zafar, nacido de una *sayyida* (descendiente del Profeta) de linaje aristocrático llamada Sharif ul-Mahal Sayyidani, una de las mujeres más influyentes del harén de Zafar. El mirza Mughal alcanzó gran protagonismo en la corte como protegido de Zinat Mahal tras la caída en desgracia del mirza Fakhru en 1852, y fue nombrado *qiladar* (guardián del fuerte). Tras la muerte del mirza Fakhru en 1856, se convirtió en el mayor de los hijos legítimos vivos de Zafar y puede que fuera entonces cuando entrara en contacto con los descontentos cipayos del ejército de la Compañía. De lo que no cabe duda es de que a partir del 12 de mayo se convirtió en el principal líder rebelde de la familia real y se esforzó al máximo por mantener en funcionamiento la administración de Delhi en medio del caos del Levantamiento y el asedio.

### **El mirza Khizr Sultan**

*1834-1857*

Noveno hijo de Zafar, hijo ilegítimo de una concubina de palacio. A la edad de treinta y tres años, en 1857, era célebre por su belleza física y mostraba notables dotes como poeta y tirador, si bien después de unirse a los rebeldes no hizo mucho por distinguirse entre el resto y el miedo le hizo desertar de la batalla de Badli-ki-Serai, lo que provocó el pánico entre las tropas rebeldes. Durante el asedio se fraguó una reputación de corrupto y a menudo se le critica en las crónicas por efectuar arrestos y recaudar impuestos de los banqueros de la ciudad sin estar autorizado para ello.

### **El mirza Abu Bakr**

*fallecido en 1857*

El mirza Abu Bakr fue el hijo mayor del mirza Fakhru y también el mayor de los nietos legítimos vivos de Zafar; fue, además, el peor *badmash* o rufián de la familia imperial. A los pocos días del estallido del Levantamiento, Abu Bakr comenzó a aparecer en peticiones y quejas ante el emperador, acusado de ir con prostitutas, emborracharse, azotar a sus sirvientes, golpear a los vigilantes y atacar sin más miramientos a cualquier policía que tratara de frenarle. Asumió nominalmente el mando de la caballería rebelde, saqueando Gurgaon y varios barrios de Delhi antes de encabezar la desastrosa expedición a Meerut, la cual terminó con la derrota rebelde en el Puente de Hindan el 30 y 31 de mayo.

### **El mirza Jawan Bakht**

*1841-1884*

Hijo favorito de Zafar y el único que tuvo de Zinat Mahal. Aunque era el decimoquinto de sus dieciséis hijos varones, Zafar estaba decidido a hacer de él su heredero. Malcriado y egoísta, el mirza Jawan Bakht contaba con pocos partidarios aparte de sus padres y no puso mucho interés en sus estudios. Durante el Levantamiento, su madre le mantuvo apartado de los rebeldes, con la esperanza de que tras la derrota de los cipayos su sucesión al trono quedaría garantizada.

### **El mirza Ilahi Bakhsh**

Suegro del mirza Fakhru, abuelo del mirza Abu Bakr y uno de los líderes de la facción probritánica de palacio, tanto antes como después de 1857. Mantuvo un estrecho contacto con William Hodson durante todo el

asedio y desempeñó un papel decisivo a la hora de convencer a Zafar para que se rindiera tras la caída de la ciudad. Durante las semanas siguientes, fue el responsable de identificar a aquellos de sus parientes que habían simpatizado con los rebeldes y, tras haber garantizado su propia seguridad a costa de la mayoría de su familia, incluido su propio nieto, fue conocido como el «Traidor de Delhi».

### PERSONAL AL SERVICIO DEL EMPERADOR

#### **El *hakim* Ahsanullah Khan**

Hombre inteligente, astuto y culto, el *hakim* fue el confidente más cercano a Zafar. Fue nombrado primer ministro a la vez que su médico personal. Antes de 1857, el *hakim* mantuvo una incómoda relación con Zinat Mahal, pero durante 1857, ambos hicieron causa común, uniéndose contra el ejército rebelde y entablando comunicación con los británicos. Cuando los cipayos rebeldes descubrieron sus cartas, trataron de matarle, pero Zafar le protegió. El *hakim* continuó presionando a Zafar para que no se comprometiera con la causa rebelde y que se rindiera ante los británicos, pero cuando al final lo hizo, el *hakim* lo traicionó, al aportar pruebas contra su señor durante el juicio a cambio de su propio perdón.

#### **Mahbub Ali Khan**

*fallecido en 1857*

Jefe eunuco de palacio y conocido matón de Zinat Mahal más allá de los muros de la *zenana*. Al igual que su señora, se mostró profundamente receloso respecto al Levantamiento y fue uno de los principales miembros de la facción probritánica de palacio tras el estallido de la revuelta. A pesar de que su muerte el 14 de junio de 1857 se produjo tras una larga enfermedad, corrieron abundantes rumores de que había sido consecuencia de un envenenamiento.

#### **El mirza Asadullah Khan o Ghalib**

*1797-1869*

El poeta lírico más importante en urdu y, a partir de 1854, tras la muerte de su rival Zauq, poeta laureado del Delhi mogol. Con una inclinación natural por el misticismo sufí, conscientemente libertino y de temperamento aristocrático, Ghalib ofrece en sus escritos algunos de los testimonios más sutiles y melancólicos de la destrucción del Delhi mogol durante el asedio y la caída de la ciudad en 1857.

## **Zahir Dehlavi**

1835-1911

Asistente de Zafar en la corte mogola, trabajó en el Fuerte desde los trece años. En 1857, con veintidós, ya había sido ascendido al puesto de *darogah* del *Mahi Maraatib*, o encargado del estandarte del pez de la dinastía mogola. Alumno de Zauq, fue un cortesano y poeta de gran cultura. Su *Dastan i-Ghadr*, que hasta ahora nunca se había traducido ni mencionado en ningún relato británico sobre el Levantamiento, constituye la narración más completa y profusamente detallada que ha llegado hasta nosotros del desarrollo del asedio y el Levantamiento desde el punto de vista de Palacio.

### EL EJÉRCITO REBELDE

## **General Bakht Khan**

*Subadar* de artillería antes de 1857, Bakht Khan fue un muy laureado y curtido veterano de las guerras afganas. Alto, fuerte y corpulento, con un ancho y gran bigote y gruesas patillas, Bakht Khan había sido elegido general por las tropas de Bareilly, y llegó a Delhi con una sólida reputación como administrador y como eficaz jefe militar. A su llegada a Delhi, a mitad del asedio, el 2 de julio de 1857, parecía en principio que Bakht Khan y sus tres mil hombres iban a conseguir la rápida victoria de los rebeldes, pero el poco diplomático tratamiento del general hacia otros líderes rebeldes –en especial hacia el mirza Mughal– así como sus creencias religiosas wahabíes pronto le granjearon enemigos. A mediados de agosto, su fracaso a la hora de acabar con las defensas británicas le supuso su destitución como comandante en jefe de los rebeldes.

## **General Sudhari Singh y general de brigada Hira Singh**

Jefes de la brigada Nimach y principales rivales de Bakht Khan. Se negaron a aceptar la autoridad de este último y trabajaron para minar su posición, sobre todo después de que aquel abandonara a las tropas a su destino durante la emboscada de la columna Nicholson en Najafgarh, el 25 de agosto.

## **General de brigada Gauri Shankar Sukul**

Jefe del regimiento Haryana, se convirtió en el espía británico y agente provocador más destacado de los británicos dentro de las filas rebeldes.

### ***Maulvi Sarfaraz Ali***

Mentor espiritual de Bakht Khan, el predicador wahabí *maulvi* pronto fue conocido como el «imán de los muyahidines». Antes del Levantamiento, había pasado muchos años en Delhi y estaba bien relacionado tanto con la corte como con la ciudad. Había sido uno de los primeros clérigos en predicar la yihad contra los británicos en los días anteriores al Levantamiento, y a medida que progresaba el asedio y aumentaba el número de yihadistas, fue creciendo también su influencia como líder rebelde.

#### OTROS DELHIWALLAHS

### ***Munshi Jiwan Lal***

Antes del estallido de la revuelta, Jiwan Lal llevaba mucho tiempo siendo el tremendamente gordo *mir munshi* (ayudante jefe) de *sir* Thomas Metcalfe en la Residencia británica. Aunque permaneció confinado en el sótano de su casa gran parte del asedio, Jiwan Lal dirigió una muy eficaz operación de espionaje desde su escondite, enviando cada día a «dos brahmines y dos *jats* a conseguir noticias de las actividades de los rebeldes de todas partes», las cuales comunicaba puntualmente a William Hodson, el jefe de la inteligencia británica destacado en la Cordillera.

### **Muftí Sadruddin Khan (Azurda)**

*fallecido en 1868*

El muftí Sadruddin Azurda fue íntimo amigo tanto de Zafar como de Ghalib y desempeñó un papel muy importante como puente entre los británicos y las élites mogolas en los primeros tiempos del dominio británico en Delhi. Durante treinta años, Azurda compaginó sus roles como principal juez musulmán (Sadr Amin) de Delhi, destacada figura literaria de la corte y prestigioso y moderadamente anglófilo profesor de madrasa, pero en 1857, relegado a un segundo plano a consecuencia del fomento de los misioneros por parte de la Compañía, se unió a los rebeldes. Mediador natural, fue el responsable de reconciliar a los yihadistas, la corte y los cipayos durante la crisis de la matanza de las vacas acaecida en la festividad del Id, el 1 de agosto de 1857, evitando de este modo una posible guerra civil dentro de las filas rebeldes.

### **Muin ud-Din Husein Khan**

En el momento de estallar el Levantamiento, Muin ud-Din Husein Khan era el *thanadar* o jefe de policía de la comisaría de Paharganj, un poco al sudoeste de la ciudad amurallada. Muin ud-Din procedía de

una rama menor de la noble familia Loharu; entre sus primos estaban Ghalib y el nabab Zia ud-Din Khan. Tras ayudar a salvar la vida de Theo Metcalfe, se unió a los rebeldes y fue ascendido a *kotwal*, puesto que ostentaría durante casi todo el Levantamiento, hasta que le sustituyó Sa'id Mubarak Shah. Una vez sofocada la revuelta, ambos ex *kotwal* sobrevivieron y pudieron dejar un excelente testimonio urdu de la vida en la ciudad durante los meses que duró el asedio.

### **Sarvar ul-Mulk**

Joven noble mogol, tendría alrededor de doce años cuando estalló la revuelta. Durante el conflicto, su tutor afgano se hizo yihadista y su padre tuvo que defender la casa familiar del saqueo de los cipayos. La familia huyó de la ciudad justo después del 14 de septiembre y logró llegar sana y salva a Hyderabad, donde Sarvar ul-Mulk escribiría una excelente descripción del asedio en su autobiografía, *Mi vida*.

## 2 LOS BRITÁNICOS

### LOS METCALFE

#### **Sir Charles Metcalfe**

*1785-1846*

Primero de los Metcalfe en llegar a Delhi. En su primer periodo —en un principio como ayudante de *sir* David Ochterlony, desde 1806 y como Residente desde 1811—, Charles Metcalfe siguió las mismas pautas establecidas por su jefe, construyéndose una casa en los jardines mogoles de Shalimar y engendrando tres hijos con una *bibi* sij, con la que se casó (según la tradición familiar) «por el rito indio». A su regreso a Delhi como Residente en 1826, Metcalfe ya había abandonado a su *bibi* y empezado a mostrar una actitud muy distinta hacia la India y sus gobernantes mogoles. «He renunciado a mi anterior lealtad a la casa timúrida», anunció a *lord* Bentinck en una carta fechada en 1832, poco después de haberse marchado de Delhi para tomar posesión del cargo de Miembro del Consejo en Calcuta.

#### **Sir Thomas Metcalfe**

*1795-1853*

*Sir* Thomas llegó a Delhi en 1813 como ayudante de su hermano mayor *sir* Charles Metcalfe y permaneció allí toda su vida profesional, convirtiéndose en Residente en 1835. De carácter peculiar y maniático, dedicó

gran parte de su vida profesional a negociar un acuerdo de sucesión que permitiera a la Compañía expulsar a la familia real del Fuerte Rojo a la muerte de Zafar. Sentía cierto afecto, si bien poco respeto real por el hombre que había decidido sería el último de la dinastía timúrida. Aunque delante de Zafar siempre se mostraba educado, en privado era menos generoso. «[Zafar] es afable e inteligente –escribió–, pero, por desgracia, también es débil e inseguro, y tiene una impresión equivocada de su propia importancia». Tras haber negociado un acuerdo de sucesión con el mirza Fakhru que implicaba que los mogoles abandonaran el Fuerte Rojo, Metcalfe murió en 1853 a consecuencia de un trastorno digestivo que sus médicos atribuyeron a la acción de un veneno, el cual, en opinión de su familia, le fue administrado por orden de Zinat Mahal.

### **Sir Theophilus Metcalfe, Theo**

*1828-1883*

En 1857, Theo Metcalfe era un juez de primera instancia al servicio de la Compañía con una personalidad muy distinta a la de su padre. Mientras que el carácter de *sir* Thomas era reservado y muy particular, Theo era sociable y expansivo y, cuando se lo proponía, extremadamente simpático. Mientras que su padre disfrutaba con la soledad y rechazaba todo lo relacionado con el entretenimiento, Theo era bullicioso y cordial y muy aficionado a las fiestas, la monta, los caballos y los perros. Mientras que su padre era decididamente disciplinado y cumplidor, Theo tenía cierta tendencia a seguir el camino más fácil y a meterse en lo que su padre calificaba de «líos». Cuando estalló el Levantamiento, el 11 de mayo de 1857, Theo fue uno de los pocos oficiales británicos que consiguieron escapar y, tras unirse a la Fuerza de Campo de Delhi, se puso al mando de los preparativos de la sangrienta venganza.

### **Sir Edward Campbell**

*1822-1882*

Yerno de *sir* Thomas Metcalfe y encargado del botín durante el asedio de Delhi. Campbell había sido un protegido de *sir* Charles Napier, el anterior comandante en jefe del ejército británico en la India, con quien *sir* Thomas Metcalfe había tenido un serio encontronazo. Por otra parte, a pesar de su título, Campbell estaba más o menos sin blanca, todo lo cual condujo a *sir* Thomas a tratar de impedir en un principio su compromiso con su hija Georgina (conocida en la familia como GG). El regimiento de Campbell, el 60.º Regimiento de Fusileros, fue uno de los primeros en probar los nuevos rifles Enfield; tras el motín de su regimiento, Campbell

se unió a la Fuerza de Campo de Delhi en la Cordillera y al final del asedio fue elegido responsable del reparto del botín, esto es, encargado de administrar el botín legalizado de la ciudad capturada, un trabajo para el que su carácter dulce y religioso no resultaba nada adecuado.

#### LOS BRITÁNICOS EN DELHI

##### **Reverendo Midgeley John Jennings**

*fallecido en 1857*

El padre Jennings había llegado a la India en 1832 y, aunque al principio estuvo destinado en varias ciudades de montaña bastante tranquilas, siempre había soñado con abrir una misión en Delhi y trabajar como misionero de los Paganos. Finalmente accedió al puesto de capellán de la capital mogola en 1852, introduciéndose directamente en primera línea, el Fuerte Rojo, al ser invitado a compartir los alojamientos del capitán Douglas, comandante de la Guardia de Palacio, en la puerta de Lahore. Sus modales empalagosos aunque poco diplomáticos le granjearon escasas amistades, pues era considerado un «fanático» por gran parte de la comunidad británica de Delhi. El pueblo de Delhi le tenía más antipatía aún, sobre todo después de que consiguiera la conversión de dos destacados hindúes de Delhi –el maestro Ramchandra y el Chiman Lal– en 1852. Jennings fue el responsable de que gran parte de los ciudadanos de Delhi llegaran al convencimiento de que la Compañía intentaba convertirlos, por la fuerza si era necesario.

##### **Robert y Harriet Tytler**

*fallecidos en 1872 y en 1907 respectivamente*

Tytler era un veterano del 38.º Regimiento de la Infantería Nativa de Bengala y un oficial de la vieja escuela, un hombre cercano a sus cipayos, preocupado por su bienestar y que hablaba indostaní con total fluidez. Según parece, Tytler fue un hombre amable y sensible, un viudo con dos hijos pequeños, que se casó en segundas nupcias con la fuerte y decidida Harriet. Esta era el doble de joven que él y, al igual que su marido, dominaba a la perfección el indostaní. Ambos Tytler cultivaron sus afanes artísticos (algo bastante inusual en un matrimonio perteneciente al ejército) y destacaron como pioneros en la técnica de la fotografía. Cuando estalló el Levantamiento, ambos huyeron de Delhi a Ambala, donde al final se unieron a la Fuerza de Campo de Delhi. Las memorias de Harriet constituyen una de las mejores fuentes de información sobre la vida en la Cordillera durante el asedio de Delhi y sobre el destino que corrió la ciudad tras su caída.

### **Edward Vibart**

En 1857, Edward Vibart, del 54.º Regimiento de Infantería de Bengala, era un comandante de la Compañía de diecinueve años destinado en Delhi, procedente de una familia india del ejército; su padre había sido oficial de caballería en Cawnpore (hoy Kanpur). Durante el Levantamiento, el padre de Vibart resultó muerto en la masacre de Cawnpore, mientras que su hijo a duras penas consiguió escapar de la ciudad en el momento del estallido, sobreviviendo para poder tomar parte en el asedio y recaptura de la ciudad. Sus memorias, y en especial sus cartas, constituyen uno de los más valiosos testimonios sobre las atrocidades cometidas por los británicos durante la toma de la ciudad y el largo periodo de represalias posterior.

#### LA FUERZA DE CAMPO DE DELHI

### **General sir Archdale Wilson**

*1803-1874*

Archdale Wilson, un caballero de sesenta años, de baja estatura, elegante y discreto, era uno de los comandantes de la ciudad de Meerut en el momento del estallido del motín y más tarde encabezó una columna de la guarnición que derrotó al mirza Abu Bakr en el puente de Hindan el 30 y 31 de mayo. Se encontró con la Fuerza de Campo de Delhi en Alipore poco antes de librar la batalla de Badli-ki-Serai el 8 de junio. A partir del 17 de julio, tras la muerte del general Barnard y la dimisión del general Reed, se puso al mando de las fuerzas británicas en el asedio de Delhi. Inmediatamente puso en marcha una estrategia defensiva que en su momento fue muy criticada, pero que sirvió para mantener la capacidad militar británica hasta la llegada de los refuerzos poco antes del asalto del 14 de septiembre. Durante la toma de la ciudad, la confianza de Wilson finalmente cedió y en un momento determinado John Nicholson amenazó con dispararle si ordenaba la retirada.

### **General de brigada John Nicholson**

*1821-1857*

De Nicholson, un taciturno protestante del Ulster, se decía que había decapitado él mismo a un jefe de una banda de ladrones local y que luego había colocado la cabeza de aquel hombre sobre su mesa de escritorio. Tenía una presencia imponente, medía 1,88 cm de altura, llevaba una larga barba negra, y sus pupilas de color gris oscuro se dilataban en los momentos de alerta como las de un tigre. Por algún motivo que no ha

podido esclarecerse, Nicholson inspiró una secta religiosa llamada Nykal Seyn, que al parecer le consideraba la encarnación de Vishnu. Durante el Levantamiento, Nicholson se convirtió en una leyenda entre los británicos de la India. Su mezcla de devoción, seriedad y valentía, unida a su despiadada capacidad para mostrar una brutalidad extrema, eran precisamente las cualidades necesarias para infundir valor a las tropas británicas de la Cordillera, y pocos lograron resistirse a la veneración de este gran psicópata imperialista. El 25 de agosto, al poco tiempo de llegar al lugar del asedio, Nicholson dirigió una marcha forzada para tender una emboscada a una columna de cipayos en Najafgarh. El 14 de septiembre encabezó en persona el asalto de la ciudad, donde resultó herido de muerte aquel mismo día.

### **William Hodson**

*1821-1858*

Hasta 1857, la mayoría de los colegas de William Hodson lo consideraban una oveja negra. Era hijo de un clérigo, un joven brillante y con estudios universitarios que había ascendido en muy poco tiempo a ayudante de campo del nuevo Cuerpo de Guías. Su caída en desgracia fue, asimismo, rápida. En 1854, Hodson fue relegado del mando tras una investigación que le declaró culpable de malversar fondos del regimiento. Durante el Levantamiento fundó un regimiento de caballería irregular conocido como Hodson's Horse, y dirigió el sumamente eficiente servicio de inteligencia británico de la Cordillera de Delhi. Bajo su propia autoridad, negoció el rendimiento de Zafar y Zinat Mahal, y el 21 de septiembre les llevó cautivos a Delhi. Al día siguiente volvió para traer a los príncipes: mirza Mughal, Khizr Sultan y Abu Bakú; luego, una vez separados de sus seguidores y desarmados, les ordenó que se desnudaran y los disparó a quemarropa. Pocos meses más tarde, en marzo de 1858, le matarían a él durante el asedio de Lucknow.

#### OTROS CARGOS BRITÁNICOS

### **Lord Canning**

*1812-1862*

Canning era un apuesto y trabajador –si bien algo reservado– político conservador de cuarenta y pocos años, que aceptó el nombramiento como gobernador general de la India solo por la frustración que produjeron sus constantes fracasos a la hora de conseguir un puesto en el gobierno de Londres. Previamente a su partida, no había mostrado

nunca ningún interés por la India, y al poco de llegar allí, en febrero de 1856, tendría que dejar el calor y la humedad de Calcuta al estallar el Levantamiento. Nada de ello le impidió, no obstante, adoptar una actitud confiada y desdeñosa hacia la «farsa de las pretensiones mogolas» y poner en marcha sus planes para derrocar a los mogoles pocas semanas después de su llegada. Una vez aplastado el Levantamiento, trató de contener el afán de venganza de la sangrienta respuesta británica, con desiguales resultados.

**Sir John Lawrence**

1811-1879

Hermano menor de *sir* Henry Lawrence, quien en 1857 era comisario jefe en Avadh. *Sir* John había trabajado antes como segundo de *sir* Thomas Metcalfé en Delhi. John Lawrence fue escalando puestos con rapidez dentro del servicio civil de la Compañía gracias a su reputación de trabajador esforzado y eficiente, y en 1853 fue nombrado comisario jefe del recién conquistado Punyab. Prohibió a sus oficiales que subieran a las colinas durante la época de calor y fue célebre su rechazo a los «finolis», término que aplicaba a aquellos que, además de su supuesta afición por los pasteles, «mostraban una excesiva elegancia y refinamiento». En 1857 se mostraría como el más capaz de todos los responsables británicos del norte de la India, desarmando a gran número de cipayos amotinados, creando nuevos regimientos irregulares y pacificando muy rápido el Punyab para poder enviar el máximo número de efectivos posible a la Cordillera de Delhi. Tras la caída de la ciudad, trabajó con afán para minimizar la violencia del castigo y salvó personalmente al Delhi mogol de un plan para demoler la ciudad entera.

## INTRODUCCIÓN

A las cuatro de una brumosa y cálida tarde invernal de Rangún, en noviembre de 1862, poco después del final del monzón, un cadáver envuelto en su sudario fue escoltado por un reducido grupo de soldados británicos hasta una tumba anónima a espaldas de un recinto carcelario amurallado.

El lugar estaba situado frente a las turbias y oscuras aguas del río Rangoon, un poco más abajo de la gran aguja dorada de la pagoda del Shwedagon. Alrededor del recinto se extendía la recién construida área de acuartelamiento del Puerto —un fondeadero y ciudad de peregrinación tomado, quemado y ocupado por los británicos solo diez años antes. El féretro del prisionero de Estado, como denominaban al finado, iba acompañado por dos de sus hijos y un anciano y barbudo mulá o doctor en leyes. A ninguna mujer le estuvo permitido asistir, y unos guardias armados se encargaron de mantener a distancia a la pequeña multitud del bazar que de alguna manera se había enterado de la muerte del prisionero. A pesar de ello, una o dos personas lograron romper el cordón para tocar el sudario antes de que lo introdujeran en la tumba.

La ceremonia fue breve. Las autoridades británicas se habían asegurado no solo de que la tumba estuviera ya cavada, sino de tener a mano la cantidad suficiente de cal para garantizar la rápida descomposi-

ción tanto de la mortaja como del cadáver. Una vez recitado el escueto responso –no se permitieron lamentaciones ni panegíricos– echaron la tierra sobre la cal y replantaron el césped con cuidado para que pasado alrededor de un mes no quedara huella del lugar del enterramiento. Una semana después, el comisario británico, capitán H. N. Davies, escribió a Londres para informar de los hechos, añadiendo:

Visitados tiempo después los prisioneros de Estado restantes –la escoria del reducido harén asiático–, todo se encontró en orden. Ningún miembro de la familia parecía demasiado afectado por la muerte del largamente agonizante anciano. Es evidente que su muerte se debió a la mera decrepitud y a la parálisis en la zona de la garganta. Expiró a las cinco en punto de la mañana del día del funeral. Puede decirse que la muerte del exmonarca no ha producido ningún efecto en la parte mahometana de la población de Rangún, salvo tal vez en unos cuantos fanáticos que esperan y rezan por el triunfo definitivo del islam. Una valla de bambú rodea la tumba a una distancia considerable y para cuando dicha valla se haya desgastado, la hierba habrá cubierto convenientemente la tumba, sin que quede vestigio alguno del lugar en el que descansan los restos mortales del último de los Grandes Mogoles.<sup>1</sup>

El prisionero de Estado al que Davis se refería era Bahadur Shah II, más conocido por el sobrenombre de Zafar (que significa «victoria»). Zafar había sido el último emperador mogol, descendiente directo de Gengis Khan y Timur, de Akbar, Jahangir y Shah Jahan. Había nacido en 1775, cuando los británicos todavía representaban una potencia bastante modesta en la India y su presencia se limitaba sobre todo a los enclaves costeros, tres de los cuales les servían para mantener una cabeza de puente hacia el interior.

A lo largo de su vida había visto cómo su dinastía se reducía a una insignificancia humillante, mientras los británicos dejaban de ser unos vulnerables comerciantes para convertirse en una potencia militar agresivamente expansionista.

Zafar llegó tarde al trono, al suceder a su padre con más de sesenta años, cuando el declive político de los mogoles era ya imposible de remontar. Pero, a pesar de ello, consiguió rodearse en Delhi de una corte esplendorosa. En el aspecto personal, fue uno de los monarcas más dotados, tolerantes y populares de su dinastía: un hábil calígrafo, un

profundo pensador del sufismo, un entendido mecenas de los pintores miniaturistas y un inspirado diseñador de jardines y arquitecto aficionado. Pero, sobre todo, fue un muy destacado poeta místico, que escribió no solo en urdu y persa, sino en braj bhasha y punyabí, cuyo patrocinio propició en parte el que podría considerarse como el renacimiento literario más importante de la historia moderna de la India. Escritor de poesía gazal\* de gran belleza y mérito, la corte de Zafar sirvió también como escaparate para el talento del mayor poeta lírico de la India, Ghalib, y el de su rival, Zauq, respectivamente, el laureado poeta mogol y el Salieri del Mozart Ghalib.

Mientras que los británicos, poco a poco, iban acaparando más y más poder del emperador mogol, quitaban su nombre de las monedas, se hacían con el absoluto control incluso de la ciudad de Delhi, y elaboraban, por fin, planes para sacar de golpe a los mogoles del Fuerte Rojo, la corte se dedicaba a la obsesiva búsqueda del gazal más ingenioso, o del pareado urdu más perfecto. A medida que el panorama político se iba oscureciendo, la corte continuaba absorta en un último idilio con hermosos jardines, cortesanas y *mushairas* o recitales poéticos, oraciones sufíes y visitas a *pirs*, mientras la ambición literaria y religiosa sustituía a la política.<sup>2</sup>

El documento que más se centra en el Fuerte Rojo durante este periodo es el diario de la corte que llevaba un redactor de noticias para el Residente británico, en la actualidad en los Archivos Nacionales de la India (ANI), que ofrece una descripción detallada de la vida cotidiana de Zafar. El último emperador aparece como un hombre bondadoso de modales impecables, incluso cuando los británicos le trataban con la máxima grosería. Todos los días se frotaba los pies con aceite de oliva para aliviar sus dolores; de vez en cuando se animaba a ir a visitar un jardín, participar en una expedición de caza o celebrar una *mushaira*. Las noches las pasaba «disfrutando de la luz de la luna», escuchando cánticos o comiendo mangos recién cogidos. Entre tanto, el anciano emperador trataba de poner freno a las infidelidades de sus jóvenes concubinas, una de las cuales se quedó embarazada de uno de los músicos de la corte.<sup>3</sup>

Entonces, una mañana de mayo de 1857, trescientos cipayos\*\* amotinados y la caballería entraron en Delhi procedentes de Meerut,

\* N. de la T.: Antigua forma de versificación persa consistente en pareados.

\*\* N. del A.: Un cipayo es un soldado de infantería indio, en este caso al servicio de la Compañía Británica de las Indias Occidentales. La palabra se deriva de *siphai*, término persa para designar a un soldado.

mataron a todo hombre, mujer o niño cristiano que encontraron en la ciudad y declararon a Zafar su líder y emperador. El nuevo líder no era amigo de los británicos, que le habían despojado de su patrimonio y le habían sometido a humillaciones casi a diario. Sin embargo, tampoco fue un insurgente convencido. Sus dudas eran muchas y su capacidad de elección escasa cuando le declararon líder oficial de una rebelión que desde el primer momento sospechó condenada al fracaso: un ejército caótico y sin oficiales, de soldados campesinos no retribuidos, enfrentado a las fuerzas de la mayor potencia militar del mundo, pese a acabar de perder la gran mayoría de los reclutas indios de su ejército de Bengala.

La gran capital mogola, inmersa en aquel momento en un extraordinario florecimiento cultural, se convirtió de la noche a la mañana en un campo de batalla. Ningún ejército extranjero estaba en situación de intervenir en apoyo de los rebeldes; por otra parte, sus municiones eran limitadas, carecían de dinero y los suministros escaseaban. El caos y la anarquía que se generaron en el entorno rural resultaron mucho más eficaces para el bloqueo de Delhi que los esfuerzos por sitiar la ciudad protagonizados por los británicos desde sus posiciones en la Cordillera. El precio de la comida subió por las nubes y los suministros menguaron muy rápido. Pronto, el pueblo de Delhi y los cipayos se encontraron al borde de la inanición.

El asedio de Delhi fue una especie de Stalingrado del Raj: una lucha a muerte entre dos poderes, ninguno de los cuales podía batirse en retirada. El número de bajas fue incalculable y, en ambos bandos, los combatientes llegaron al límite de su resistencia física y mental. Al final, el 14 de septiembre de 1857, los británicos y su precipitadamente reunido ejército de reclutas sijs y pastunes asaltaron la capital mogola y masacraron a la población. En un solo *muhalla*,\* el de Kucha Chelan, mataron a unos mil cuatrocientos ciudadanos de Delhi. «Las órdenes eran disparar a todo el mundo», anotó Edward Vibart, un oficial británico de diecinueve años.

Fue literalmente un asesinato [...] En los últimos tiempos he visto mucha sangre y escenas espantosas, pero rezo por no volver a vivir nunca lo que presencié ayer. A las mujeres se les perdonó la vida, pero sus gritos al ver la carnicería cometida

---

\* N. del A.: Un *muhalla* es un barrio o distrito diferenciado dentro de una ciudad mogola, esto es, un grupo de callejones de viviendas a las que por lo general se accede por una única puerta que puede cerrarse por la noche.

con sus maridos y sus hijos fueron desgarradores. Dios sabe que no siento compasión, pero cuando te traen a un anciano de barba canosa y le disparan ante tus ojos, debes tener un corazón muy duro para poder mirarlo con indiferencia [...].<sup>4</sup>

Los habitantes de la ciudad que sobrevivieron a la matanza fueron llevados al campo para que se las apañaran por sí solos. Delhi quedó hecho un montón de ruinas vacías. Aunque la familia real se rindió sin oponer resistencia, la mayoría de los dieciséis hijos del emperador fueron juzgados y ahorcados, mientras que a otros tres se les disparó a sangre fría después de que hubieran entregado sus armas y ordenarles luego que se quedaran desnudos: «En veinticuatro horas, he liquidado a los principales miembros de la dinastía de Timur el Tártaro –escribía el capitán William Hodson a su hermana al día siguiente–. No soy cruel, pero confieso que he disfrutado con la oportunidad de librar al mundo de estos miserables».<sup>5</sup>

El propio Zafar fue exhibido ante los visitantes, «como una fiera en una jaula», según un oficial británico.<sup>6</sup> Uno de esos visitantes fue el corresponsal del *Times*, William Howard Russell, a quien se le dijo que el prisionero había sido el cerebro del episodio más grave de resistencia armada del colonialismo occidental. «Era un anciano poco espabilado, con la mirada perdida, soñador, con el labio inferior caído y las encías desdentadas», escribió Russell.

¿De verdad había sido él quien había concebido aquel ambicioso plan de restaurar un gran imperio, quien había fomentado el motín más gigantesco de la historia mundial? De sus labios no salía ni una palabra; permanecía día y noche sentado en silencio, con la mirada fija en el suelo, como ajeno por completo a la situación en la que se hallaba [...] Sus ojos tenían la expresión apagada y perdida de las personas muy ancianas [...] Algunos le vieron recitar versos escritos por él y escribir poemas en la pared con un palo quemado.<sup>7</sup>

Russell se mostraba, como es lógico, escéptico respecto a los cargos presentados contra Zafar: «Se le calificaba de ingrato por rebelarse contra sus benefactores», escribió.

Sin duda era un anciano débil y cruel; pero hablar de ingratitud por parte de quien ha visto cómo de forma gradual se le ha ido despojando de todo el patrimonio de sus antepasados

hasta quedarse solo con un título vacío, un erario aún más vacío y un palacio lleno de príncipes sin un céntimo en el bolsillo, es del todo absurdo [...].<sup>8</sup>

Sin embargo, al mes siguiente, Zafar fue sometido a juicio en las ruinas de su viejo palacio y condenado a la deportación. Salió de su querida Delhi en un carro de bueyes. Apartado de todo lo que amaba, con el corazón roto, el último de los grandes mogoles murió en el exilio, en Rangún, el viernes 7 de noviembre de 1862, a la edad de ochenta y siete años.

Con su partida, la frágil cultura de la corte que el último mogol tan sinceramente había fomentado y ejemplificado se vino abajo. Como escribió Ghalib: «Todas estas cosas duraron solo lo que duró el reinado del monarca».<sup>9</sup> Para cuando Zafar murió, gran parte de su palacio, el Fuerte Rojo, ya había sido derruido, así como grandes áreas del Delhi mogol que él amaba y que había embellecido. Entretanto, la gran mayoría de sus más destacados ciudadanos y cortesanos —poetas y príncipes, mulás y comerciantes, sufíes e intelectuales— habían sido apresados y ahorcados, o bien dispersados y exiliados, muchos de ellos al nuevo gulag de la administración colonial británica de la India, especialmente construido al efecto en las islas Andamán. Aquellos que fueron dispersados quedaron en una situación de pobreza humillante y notoria. Como se lamentaba Ghalib, uno de los pocos supervivientes de la antigua corte, «los descendientes varones del destronado rey —los que sobrevivieron a la espada— reciben una asignación de cinco rupias al mes. Las descendientes del sexo femenino, si son mayores, se han convertido en alcahuetas, y si jóvenes, en prostitutas».<sup>10</sup>

La ciudad se ha transformado en un desierto [...] Dios sabe que Delhi ya no es una ciudad, sino un campamento, un acuartelamiento. Ya no hay un Fuerte, ni ciudad, ni bazares, ni canales [...] Había cuatro cosas que mantenían viva Delhi: el Fuerte, las multitudes que acudían a diario a la Jama Masjid, el paseo semanal al puente del Yamuna y la feria anual de los floristas. Si ninguna de ellas ha sobrevivido, ¿cómo iba a sobrevivir Delhi? Sí, [se dice que] en el reino de la India, hubo una vez una ciudad que se llamaba así...

Rompimos la copa y el frasco de vino;  
¿qué más nos da ahora  
si toda la lluvia que cae del cielo  
se torna en vino rosado?<sup>11</sup>



Aunque Bahadur Shah, el último mogol, constituye la figura central de este libro, no se trata tanto de una biografía de Zafar como de un retrato del Delhi que él personificó, un relato sobre los últimos días de la capital mogola y su destrucción final con la catástrofe de 1857. Se trata de una historia sobre la que llevo investigando y escribiendo cuatro años. Los archivos que contienen las cartas y anotaciones de su corte real escritas por Zafar pueden encontrarse en Londres, Lahore e incluso Rangún. Sin embargo, la mayor parte de este material sigue hallándose en Delhi, la antigua capital de Zafar: una ciudad que lleva persiguiéndome y obsesionándome desde hace dos décadas.

Mi primer contacto con Delhi se produjo cuando yo tenía dieciocho años, la neblinosa e invernal noche del 26 de enero de 1984. El aeropuerto estaba rodeado de hombres envueltos bajo sus mantos y hacía un frío inusual. Yo no sabía nada sobre la India.

Mi niñez había transcurrido en la Escocia rural, junto a las costas del fiordo de Forth, y, de todos mis amigos del colegio, es probable que yo fuera el menos viajado. Mis padres estaban convencidos de que vivían en el lugar más bello que cabía imaginar y rara vez nos llevaban de vacaciones, salvo por la visita anual que hacíamos todas las primaveras a un rincón de las Tierras Altas escocesas todavía más frío y húmedo que nuestro lugar de residencia habitual. Tal vez por esta razón, Delhi ejercía sobre mí un efecto mayor y más irresistible que sobre otros adolescentes más cosmopolitas; es indudable que la ciudad me enganchó desde el primer momento. Pasé algunos meses viajando con mi mochila, y recalé un tiempo en Goa; pero no tardé mucho en regresar a Delhi y conseguir un trabajo en un hogar de la madre Teresa situado en el extremo norte de la ciudad, fuera del Viejo Delhi.

Por las tardes, mientras los enfermos se echaban su siesta, yo me escabullía y salía a explorar. Solía coger un palanquín hasta el centro de la Ciudad Vieja, recorría el laberinto de barrancos y callejas, pasadizos y callejones sin salida, donde me sentía rodeado por sus casas. En concreto, el lugar al que iba una y otra vez era lo que quedaba del palacio de Zafar, el Fuerte Rojo de los grandes mogoles y, a menudo, solía entrar allí con un libro, a pasar tardes enteras, a la sombra de algún fresco pabellón. Enseguida me sentí fascinado por los mogoles que habían vivido

allí y empecé a devorar libros sobre ellos. Fue allí donde por primera vez se me ocurrió escribir una historia sobre los mogoles, una idea que se ha ido expandiendo hasta alcanzar la forma de una tetralogía, una historia de los mogoles en cuatro volúmenes, que calculo me llevará otras dos décadas completar.

Sin embargo, por muy a menudo que lo visitara, el Fuerte Rojo siempre me hacía sentirme triste. Cuando los británicos lo conquistaron en 1857, derribaron los lujosos aposentos del harén y edificaron en su lugar una fila de barracones que por su aspecto parecían inspirados en la cárcel londinense de Wormwood Scrubs. Incluso entonces, aquella destrucción se consideró un acto de ignorancia vandálica. El gran historiador sobre arquitectura de la época victoriana, James Fergusson, quien por otra parte no era ningún liberal puntilloso, dejó sin embargo constancia de esta atrocidad en su libro *History of Indian and Eastern Architecture*: «aquellos que llevaron a cabo semejante barbarie», escribió, ni siquiera pensaron en «hacer un plano de lo que estaban destruyendo, ni en conservar ningún testimonio del palacio más espléndido del mundo [...] Los ingenieros creyeron que destruyendo el palacio podían dotarse sin coste alguno de una muralla que rodeara sus barracones, una muralla que ningún soldado borracho podría escalar sin ser descubierto, y bien fuera por este o algún otro motivo económico similar, el palacio fue sacrificado». Y añadió: «El único hecho comparable de la época moderna es la destrucción del palacio de verano de Pekín. Sin embargo, este último fue consecuencia de un acto bélico. El otro en cambio constituyó un acto deliberado de innecesario vandalismo».<sup>12</sup>

Es evidente que los barracones deberían haber sido derruidos hace años, pero los actuales propietarios del Fuerte, la Oficina de Inspección Arqueológica de la India (Archaeological Survey of India), han continuado con esmero la labor de decadencia iniciada por los británicos: así, han permitido que los pabellones de mármol blanco se decoloren, que se vengán abajo las escayolas del techo, que los canales de agua se agrieten y se cubran de hierba, y que las fuentes estén secas. Solo los barracones parecen ser objeto de un cuidado mantenimiento.

Llevo veinte años dividiendo mi tiempo entre Londres y Delhi, y la capital india sigue siendo mi ciudad favorita. Sobre todo, es la relación de la ciudad con el pasado lo que continúa intrigándome: de todas las grandes ciudades del mundo, solo Roma, Estambul y El Cairo pueden tratar de rivalizar con Delhi respecto al volumen y la densidad de sus restos históricos. Las ruinas de mausoleos semiderruidos, viejas mezquitas o antiguas escuelas, presentes en los lugares más inverosímiles, aparecen

de repente en medio de una glorieta o jardín municipal, desviando el curso de las carreteras o taponando las calles de un campo de golf. Nueva Delhi no es nueva en absoluto; más bien se trata de una atribulada necrópolis con una cantidad de ruinas suficiente para mantener ocupado a cualquier historiador durante varias reencarnaciones.

No es que yo sea el único al que esto le impresiona: las ruinas de Delhi son algo que siempre ha asombrado a los visitantes, tal vez más que nunca en el siglo XVIII, cuando la ciudad se mostraba en la cúspide de su decadencia y en su momento más melancólico. En todas direcciones, durante kilómetros y kilómetros, yacen los restos medio derrumbados y llenos de maleza del imperio transindio, los desmoronados vestigios de un periodo durante el cual Delhi fue la ciudad más importante entre Constantinopla y Cantón. Hamanes y jardines palaciegos, salones con miles de columnas, impresionantes mausoleos, mezquitas vacías y abandonados santuarios sufíes, los desechos de las épocas pasadas parecían no tener fin. «El panorama de Delhi, hasta donde alcanza la vista, aparece cubierto de los restos de jardines, pabellones, mezquitas y monumentos funerarios –escribió el teniente William Franklin en 1795–. Los alrededores de esta antaño magnífica y admirada ciudad, ahora no son más que un informe montón de ruinas [...]».<sup>13</sup>

Los primeros funcionarios de la Compañía de las Indias Orientales que se establecieron entre estas ruinas a finales del siglo XVIII eran una serie de personas receptivas y notablemente excéntricas que se sintieron profundamente atraídas por la distinguida cultura cortesana que Delhi aún representaba. Cuando la formidable *lady* Maria Nugent, esposa del nuevo comandante en jefe británico en la India, visitó Delhi, se quedó horrorizada por lo que vio allí. El Residente británico y sus ayudantes «se habían vuelto indígenas», según escribe en su diario.

Me referiré brevemente ahora a los señores Gardner y Fraser, los cuales siguen perteneciendo a nuestro grupo. Ambos llevan unas patillas enormes, y ninguno come carne de ternera ni de cerdo, pareciendo tan hindúes como cristianos, si no más de lo primero; ambos son ingeniosos e inteligentes, pero excéntricos, y, tras su larga estancia en este país, se han formado unas opiniones y unos prejuicios que los hacen parecer casi indígenas.<sup>14</sup>

Fraser resultó ser un primo lejano de mi esposa, Olivia. Este es el intrigante y sorprendente periodo que dominaba el libro que escribí sobre Delhi hace quince años, titulado *La ciudad de los Djinns*, y que

más adelante prendería la mecha que me llevó a mi último libro, *White Mughals*, sobre los numerosos británicos que abrazaron la cultura india al final del siglo XVIII. *El último mogol* es, por tanto, el tercer libro que escribo inspirado en esta capital. En él subyace el interrogante de por qué la relativamente fácil relación entre indios y británicos, tan evidente durante la época de Fraser, dio paso al odio y el racismo del Raj de la primera mitad siglo XIX. El Levantamiento, parece claro, fue resultado de este cambio, no su causa.

Dos son los motivos concretos que parecen haber puesto fin a esta fácil coexistencia. El primero, el auge del poder británico: en pocos años, los británicos habían derrotado no solo a los franceses, sino también a todos sus rivales indios; de forma bastante similar a lo ocurrido con los americanos tras la caída del Muro de Berlín, el cambio en el equilibrio de poder condujo muy rápido a una actitud de manifiesta arrogancia imperial. El otro fue la influencia del cristianismo evangélico y el profundo cambio de actitud que ello trajo consigo. Las últimas voluntades que dejaron escritas algunos de los empleados de la Compañía demuestran que la práctica del matrimonio o la cohabitación con esposas o *bibis* indias no había desaparecido en absoluto. Las memorias de algunos ilustres personajes de las Indias británicas en las que se mencionaba a sus esposas indias o a sus hijos angloindios se reeditaron para que las consortes no aparecieran en posteriores ediciones. Los indios ya no eran considerados como herederos de la sublime y antigua sabiduría en la que eminencias como *sir* William Jones y Warren Hastings habían creído; por el contrario, se les calificaba de «pobres e ignorantes paganos» o incluso «licenciosos infieles», que aguardaban impacientes a ser convertidos.

Este punto es importante. Muchos historiadores utilizan sin rebozo el término «colonialismo» como si tuviera un significado claramente identificable, pese a que cada vez resulta más claro que en este periodo existían múltiples modos y muy distintas fases de colonialismo, así como numerosas y muy diferentes formas de experimentar, aplicar y transgredir el todavía elástico concepto de ser británico. No fueron los británicos en sí, sino unos grupos específicos con una agenda imperial concreta—esto es, los evangélicos y los utilitaristas— los que marcaron el comienzo de la fase más repugnante del colonialismo, un cambio que afectó negativamente tanto a los mogoles blancos como a los grandes mogoles.

Así, a principios de la década de 1850, muchos funcionarios británicos abrigan planes de abolir por fin la corte mogola e imponer en la India, no solo las leyes y la tecnología británica, sino también el cristianismo. La reacción a este constante aumento de la insensibilidad

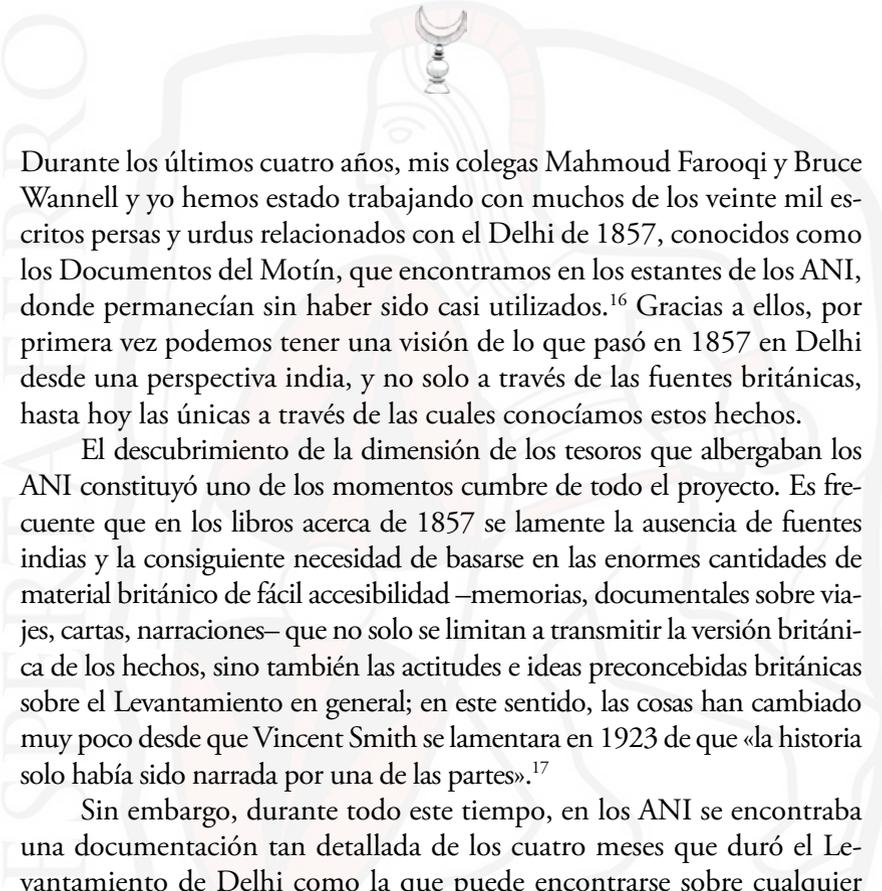
llegó en 1857 con el Gran Motín. De los 139 000 cipayos del ejército de Bengala —el mayor ejército moderno de Asia— todos menos 7796 se volvieron contra sus jefes británicos.<sup>15</sup> En algunas zonas del norte de la India, como Avadh, una gran parte de la población se unió a los cipayos. La barbarie cundió en ambos bandos.

Delhi fue el principal núcleo del Levantamiento. Cuando las tropas amotinadas empezaron a entrar en la ciudad procedentes de todo el norte de la India —incluso los regimientos amotinados de Cawnpore trataron de dirigirse directamente a Delhi hasta que Nana Sahib los desvió para atacar a sus oficiales—, resultó evidente que los británicos tenían que recuperar Delhi si no querían perder su imperio indio para siempre. Del mismo modo, los cipayos congregados en torno al trono de Bahadur Shah, al que consideraban el legítimo gobernante del Indostán, se dieron cuenta de que si perdían Delhi lo perdían todo. Todos los soldados británicos disponibles fueron, por tanto, enviados a la cordillera de Delhi, y durante los cuatro meses más calurosos del verano indio, miles de civiles indefensos sufrieron los horrores del bombardeo de la artillería británica sobre la capital mogola.

Si bien durante las primeras semanas del Levantamiento llegaron a Delhi soldados de caballería procedentes de todo el Indostán, a partir de aquel momento la ciudad, y en especial sus sitiadores, quedaron en gran medida desconectados de las noticias o los acontecimientos registrados en otros lugares. En este sentido, el asedio de Delhi constituyó en todo momento una guerra dentro de otra guerra, relativamente independiente de los trascendentales acontecimientos que tenían lugar hacia el sur y hacia el este. Hasta últimos de julio, los británicos de la cordillera de Delhi siguieron esperando un día tras otro el relevo por parte del ejército del general Wheeler situado en Cawnpore, a unos cuatrocientos ochenta kilómetros en dirección sudeste, del todo ignorantes de que el ejército de dicho general se había rendido y había sido masacrado en su práctica totalidad, más de un mes antes, el 27 de junio. Asimismo, los defensores de Delhi estaban convencidos de que serían salvados por dos inexistentes ejércitos persas, uno procedente del paso Jáiber, y otro que supuestamente había desembarcado en Bombay y venía abriéndose paso desde el nordeste.

La mayoría de las narraciones de 1857 se refieren alternativamente a Delhi, Lucknow, Jhansi y Cawnpore de una forma que sugiere un contacto y flujo de información mucho mayor del que en realidad hubo entre los distintos centros del Levantamiento. En este libro he preferido limitar las referencias a lo que acontecía en los demás lugares, salvo

cuando los protagonistas de Delhi eran conocedores de ello de forma explícita, tratando así de transmitir el sentimiento de intenso aislamiento y solitaria vulnerabilidad que sentían tanto los sitiadores como los sitiados en su batalla por hacerse con el control de la gran capital mogola.



Durante los últimos cuatro años, mis colegas Mahmoud Farooqi y Bruce Wannell y yo hemos estado trabajando con muchos de los veinte mil escritos persas y urdus relacionados con el Delhi de 1857, conocidos como los Documentos del Motín, que encontramos en los estantes de los ANI, donde permanecían sin haber sido casi utilizados.<sup>16</sup> Gracias a ellos, por primera vez podemos tener una visión de lo que pasó en 1857 en Delhi desde una perspectiva india, y no solo a través de las fuentes británicas, hasta hoy las únicas a través de las cuales conocíamos estos hechos.

El descubrimiento de la dimensión de los tesoros que albergaban los ANI constituyó uno de los momentos cumbre de todo el proyecto. Es frecuente que en los libros acerca de 1857 se lamente la ausencia de fuentes indias y la consiguiente necesidad de basarse en las enormes cantidades de material británico de fácil accesibilidad –memorias, documentales sobre viajes, cartas, narraciones– que no solo se limitan a transmitir la versión británica de los hechos, sino también las actitudes e ideas preconcebidas británicas sobre el Levantamiento en general; en este sentido, las cosas han cambiado muy poco desde que Vincent Smith se lamentara en 1923 de que «la historia solo había sido narrada por una de las partes».<sup>17</sup>

Sin embargo, durante todo este tiempo, en los ANI se encontraba una documentación tan detallada de los cuatro meses que duró el Levantamiento de Delhi como la que puede encontrarse sobre cualquier ciudad india en cualquier periodo de la historia –aparatosas montañas de recibos, solicitudes, órdenes, peticiones, quejas, facturas, listas de asistencia y listas de bajas, predicciones de victoria y promesas de lealtad, notas de espías de dudosa fiabilidad y cartas de amantes en fuga–, todo ello cuidadosamente atado con cordeles y guardado en cajas en los fríos, silenciosos y refrigerados sótanos de los ANI.

Lo que resultaba aún más interesante era el carácter popular de gran parte del material. Aunque los documentos habían sido recogidos del palacio y los cuarteles del ejército por los victoriosos británicos, contenían enormes cantidades de peticiones y solicitudes de los ciudadanos corrien-

tes de Delhi –ceramistas y cortesanas, confiteros y extenuados aguadores–, precisamente el tipo de personas que, por lo general, escapan a las redes del historiador. Los Documentos del Motín refieren multitud de escenas de la vida real: los cazadores de pájaros y los fabricantes de cal a quienes los cipayos les habían robado sus *charpoy*s; el comerciante de caballos de Haryana saqueado por los gujjars a las afueras de Delhi mientras volvía a casa de vender sus mercancías con el bolsillo repleto de dinero; los jugadores que están echando una partida de cartas en una casa recién destruida y se comen con los ojos a las mujeres de la casa de al lado, para gran alarma de la familia que allí vive; los confiteros que rehúsan llevar más dulces a las trincheras de Qudsia Bagh hasta que no les paguen el último pedido.<sup>18</sup>

Nos encontramos con personas como Hansi, la bailarina, que aprovecha un ataque sobre el *Eidgah*\* para escapar del *serai*\*\* en el que vive con su marido y marcharse con su amante. O Pandit Harichandra, que trató de exhortar a los hindúes de Delhi para que dejaran sus comercios y se unieran a la lucha, citando ejemplos del *Mahabharata*. O Hafiz Abdurrahman, a quien sorprenden asando kebabs de carne de vaca durante la vigencia de una prohibición del sacrificio de reses, y va a pedir clemencia a Zafar. O Chandan, la hermana de la cortesana Manglu, que se presenta ante el emperador cuando su bella hermana es capturada y violada por el soldado de caballería Rustam Khan: «Él la ha hecho prisionera y la cubre de palizas, y aunque ella grita y pide auxilio nadie acude en su ayuda [...] Si este estado de anarquía e injusticia continúa así, los súbditos del Alabado serán todos destruidos».<sup>19</sup>

Como fuente de información sobre sucesos cotidianos, la motivación de los rebeldes, los problemas a los que se enfrentaban, el nivel de caos de la urbe y la ambigua y equívoca respuesta tanto de la élite mogola como de la clase comerciante hindú de la ciudad, los Documentos del Motín contienen una cantidad de material único sin parangón. En conjunto, las historias que encontramos en esta colección permiten ver el Levantamiento no en términos de nacionalismo, imperialismo, orientalismo u otras abstracciones similares, sino como un hecho humano de consecuencias extraordinarias, trágicas y, a menudo, caprichosas, y nos permite resucitar a las personas corrientes cuyo destino se ve envuelto por accidente en una de las mayores revueltas de la historia. Después

\* N. del E.: En el sur de Asia, una *musalla* o *eidgah* es un campo abierto usado para celebrar las oraciones del Eid, como el *Eid al-Fitr* (primer día posterior al Ramadán) o el Eid al-Adha, el día principal de la temporada de peregrinación a La Meca o *haji*.

\*\* N. de la T.: Posada.

de todo, las tragedias públicas, políticas y nacionales consisten en una multitud de tragedias particulares, domésticas e individuales. Es a través de las historias humanas de los éxitos, las luchas, el dolor, la angustia y la desesperación de estos individuos como mejor podemos salvar el abismo en cuanto a tiempo y comprensión que nos separa de ese mundo tan marcadamente diferente que era la India de mediados del siglo XIX.

A medida que las dimensiones y los detalles del material disponible en los Documentos del Motín fueron saliendo a la luz, y que cada vez se hizo más obvio que nadie había accedido a la mayoría de este material desde su recogida en 1857, o al menos desde que fue catalogado al redescubrirse su almacenamiento en una serie de baúles, en Calcuta, en 1921, la cuestión a la que se hacía cada vez más difícil dar respuesta era por qué nadie antes había utilizado esta maravillosa cantidad de documentación.<sup>20</sup> Ya que, a pesar de haberse escrito miles de disertaciones y llenado estanterías enteras de *Estudios Subalternos*\* en los que se teoriza exhaustiva e ingeniosamente sobre orientalismo y colonialismo, así como sobre la imagen de la otredad (bajo títulos que invariablemente utilizan el gerundio acompañado de un sustantivo altisonante de oscuro significado —*Engendrando el paradigma colonial, Construyendo la otredad imaginada, Otredad de la construcción imaginada*, etc.), ni una sola tesis doctoral se ha basado nunca en los Documentos del Motín, ni ningún estudio importante ha explorado de una forma metódica sus contenidos.

Es verdad que la escritura *shikastah* (literalmente, «caligrafía rota») resulta a menudo difícil de leer, al utilizar una poco conocida forma de notación gráfica carente de un gran número de marcas diacríticas y en ocasiones lo bastante desvaída y ambigua como para desanimar al más esforzado de los investigadores. Por otra parte, muchos de los fragmentos, en especial los informes de los espías, están escritos con una letra microscópica en pequeños trozos de papel destinados a coserse en la ropa o incluso esconderse en el cuerpo del espía. Sin embargo, la colección no podría encontrarse en un archivo más conocido o accesible —los ANI se alojan en un magnífico edificio del arquitecto Lutyens—, una joya de la arquitectura de época situada en el centro de la capital de la India. Utilizar los Documentos del Motín y cosechar por primera vez sus riquezas como fuente de información sobre 1857 resultó a veces tan extraño y emocionante —y de hecho tan inverosímil— como ir a París y descubrir unos archivos completos de la Revolución Francesa sin utilizar.

---

\* N. de la T.: Corriente de estudios predominantemente históricos, surgida en la India hace veinte años y que tuvo una difusión extraordinaria en muchas partes del mundo.

No menos emocionante fue descubrir que los dos principales periódicos urdu de Delhi, el maravillosamente dogmático *Dihli Urdu Akbhar* y la más sobria y contenida Circular de la Corte, el *Siraj ul-Akbhar*, habían continuado publicándose sin saltarse ni una edición durante todo el Levantamiento, y que los ANI guardaban la colección casi completa de los dos. Una vez más, hasta ahora solo habían estado disponibles algunos fragmentos traducidos de ambos periódicos.

Aparte de los ANI, descubrimos que otras bibliotecas de Delhi guardaban tesoros igual de extraordinarios. El Archivo de la Oficina del Comisario de Delhi, situada a escasa distancia del palacio de verano de Zafar en Mehrauli, contenía todos los documentos de la reactivada administración británica, cuando los funcionarios se aplicaron a la tarea de expulsar a los ciudadanos de Delhi, apresando y ahorcando a todo *delhiwallah* sospechoso de haber participado en el Levantamiento, y demoliendo barrios enteros de la ciudad. Los documentos permiten hacerse por primera vez una idea aproximada de la crueldad y la brutalidad de la respuesta británica a los sucesos de 1857. En lo que se refiere a la élite mogola, la caída de Delhi fue seguida de algo parecido a un genocidio. Da la impresión de que solo los británicos de la época victoriana podían haber llevado un registro burocrático tan perfecto de lo que en la actualidad sería en muchos casos calificado como espeluznantes crímenes de guerra.

También aparecieron algunos interesantes testimonios mogoles del Delhi de 1857 redactados en primera persona, hasta ahora nunca traducidos al inglés. El más notable fue el conmovedor relato de la destrucción del universo personal del joven y sensible poeta y cortesano Zahir Dehlavi, contenido en el *Dastan i-Ghadr* y escrito en su lecho de muerte, en Hyderabad, muchos años después, a partir de unas notas suyas al parecer anteriores. A diferencia de muchos otros escritores de 1857, Dehlavi no muestra escrúpulo alguno en reflejar lo que él consideraba la verdad sobre lo ocurrido, y expresándose con igual franqueza acerca de los defectos de la corte mogola, los cipayos y los británicos.

Cuanto más ahondaba en ello, más claro me parecía que existían de hecho dos corrientes historiográficas paralelas, basadas en dos grupos de fuentes absolutamente distintas. Las historias británicas, así como un sorprendente número de escritos en inglés en la India poscolonial, que tendían a utilizar solo fuentes en lengua inglesa, cubrían las lagunas y, en el caso de los trabajos más recientes, con un espeso barniz de teoría y jerga postsaidiana. Por otra parte, las historias urdu escritas por estudiosos musulmanes contemporáneos de India y Pakistán que tienden a basarse en un conjunto distinto y, a menudo muy interesante, de fuentes urdu

de primera mano. Es más, en el caso de Delhi, existen algunos excelentes trabajos de investigación como la estupenda biografía de Zafar de Aslam Parvez, que sigue siendo desconocida para los lectores de habla inglesa. Uno de los principales objetivos de este libro consiste en presentar por primera vez ante los lectores occidentales la voluminosa información, tanto de primera mano como procedente de análisis posteriores, existente en persa y urdu sobre el Delhi de 1857.

Pero Delhi no fue el único lugar en el que encontramos estos grandes alijos de material nuevo. Por todo el sur y el sudeste de Asia, continuaron apareciendo otros depósitos de información sin apenas utilizar. El espectacular Archivo del Punjab, en Lahore, que se encuentra dentro de la abovedada tumba de la bailarina favorita del emperador Jahangir, no solo es el lugar en el que reposan los restos de la propia Anarkali, sino también la documentación completa, anterior al Motín, de la Residencia británica en Delhi, unos archivos que los historiadores creían que habían sido destruidos en 1857.<sup>22</sup>

Allí podía leerse toda la correspondencia entre el Residente británico y sus superiores en Calcuta acerca de sus planes para acabar con la corte mogola. Estos archivos contenían además una gran cantidad de material de 1857, que incluye varios juegos de informes de los espías y los dos famosos telegramas enviados desde Delhi el 11 de mayo, en los que se advertía a los británicos de Lahore de lo que había ocurrido, lo que les permitió desarmar a los cipayos del Punjab antes de que estos mismos se enteraran de los hechos de Meerut y Delhi. Tanto entonces como ahora, la tumba ha formado parte del complejo del Secretariado del Punjab, desde donde en 1857 John Lawrence dirigió los esfuerzos británicos por recuperar Delhi. Durante el tiempo que trabajé en los archivos de la Residencia de Delhi, en la tumba de Anarkali, estuve sentado frente a una mesa a solo tres metros del sarcófago de mármol donde se decía que yacía la cortesana inmortalizada en la película de Bollywood titulada *Mughal-e Azam*, y a menos de doscientos metros del despacho en el que John Lawrence había planeado su estrategia para aplastar el motín de sus cipayos y restaurar el control británico en el norte de la India.

Una sorpresa aún mayor la constituyó el extraordinario Archivo Nacional de Rangún (o Yangón, como ha sido rebautizado por el gobierno militar). Yo había ido a Rangún principalmente para visitar el lugar del exilio y muerte de Zafar y, puede que también, en cierto sentido, buscando las *barakat* (bendiciones) que sus devotos siguen solicitándole en su santuario. La idea de intentar visitar los archivos surgió a través de un amigo que tenía allí, el cual conocía a alguien que a su vez conocía

al director. Luego resultó que allí se encontraba todo el historial carcelario de Zafar, convenientemente catalogado, escaneado y almacenado digitalmente en ficheros PDF –algo que la Biblioteca Británica aún no ha conseguido hacer–, de manera que al final de esa misma mañana, salí del Archivo con el contenido de todo un estante de documentos de investigación almacenados en un único y reluciente CD.

Mis conclusiones a partir de todo ello confirman una convicción que cada vez cobra más fuerza entre muchos de los historiadores más recientes de 1857. En lugar de un simple y coherente motín, o de la patriótica guerra de independencia tan del gusto de la historiografía victoriana o de la India nacionalista, lo que en realidad hubo fue una serie de revueltas y actos de resistencia encadenados, cuya forma y resultado se vieron determinados por situaciones, pasiones y reivindicaciones locales y regionales.

Todo ello adoptó formas muy diferentes según los distintos lugares –lo que vendría a explicar por qué ciento cincuenta años después de los hechos, los expertos siguen debatiendo en torno a la eterna cuestión de si 1857 fue un motín, una revuelta campesina, una revolución urbana o una guerra de independencia. La respuesta es que fue todas esas cosas y algunas otras: no se trató de un movimiento unificado sino de muchos, con causas, motivos y naturalezas muy distintas. Gracias a los magníficos estudios regionales de Eric Stokes, Rudrangshu Mukherjee y Tapti Roy, los estudiosos ya se han dado cuenta de lo diferentes que eran entre sí las situaciones de Muzaffarnagar y el Doab, Lucknow o Bundelkhand.<sup>23</sup>

Para Delhi siempre ha estado muy clara su superioridad sobre el resto del país. Por algo era el trono del Gran Mogol y el lugar donde se hablaba el urdu más puro. Se creía que allí se encontraban también las mujeres más bellas, los mangos más sabrosos, los poetas de más talento. Aunque al principio fueron muchos los habitantes de la ciudad que acogieron favorablemente a los cipayos en su afán por restaurar a los mogoles en el poder y expulsar a los odiados intrusos *kafir*, la gente de Shahjahanabad\* pronto se cansó de albergar a un numeroso e indiscipli-

\* N. del A.: Shahjahanabad es la ciudad amurallada conocida en la actualidad como Vieja Delhi, construida por el quinto emperador mogol Shah Jahan (1592-1666) e inaugurada como su nueva capital en 1648.

nado ejército de campesinos groseros y violentos procedentes de Bihar y del Uttar Pradesh oriental. Para el pueblo de Avadh, los cipayos eran sus paisanos y, para ellos, 1857 constituyó un verdadero levantamiento popular que conectó con el sentir de toda la región.<sup>24</sup> En cambio, para Delhi, los recién llegados cipayos seguían siendo extranjeros, con diferentes dialectos, acentos y costumbres. Las fuentes de Delhi los describen invariablemente como *tilangas* o *purbias*,\* en resumidas cuentas, extranjeros. Ninguno de estos términos se utiliza nunca para designar a los cipayos en las fuentes avadhi.

Las diversas actitudes hacia los cipayos se resumen a la perfección en la cambiante opinión de Moulvi Muhammad Baqir, el locuaz y franco editor del *Dihli Urdu Akbhar*, padre del poeta y crítico urdu Mohamed Husein Azad. En el momento del estallido del Levantamiento, en mayo de 1857, él fue uno de los promotores más entusiastas del nuevo régimen, escribiendo en sus columnas cómo la rebelión había sido enviada por Dios para castigar a los *kafirs* por su arrogante plan de borrar las religiones de la India. Para él, la velocidad y la intensidad del revés sufrido por los británicos constituía una prueba de la milagrosa intervención divina, por lo que no resultaba sorprendente que dicho hecho fuera acompañado de sueños y visiones.

Un hombre venerable soñó que nuestro profeta Mahoma, alabado sea, le había dicho a Jesús que los seguidores de este se habían convertido en enemigos de su nombre que deseaban aniquilar su religión. A esto, Jesús replicó que los británicos no eran sus seguidores, que no seguían su camino, que se habían unido a los seguidores de Satán [...] Algunos juraban incluso que el día que la caballería llegó aquí, delante de ellos venían camellos montados por jinetes con túnicas verdes [...] Estos jinetes verdes enseguida desaparecieron de la vista y solo quedaron los soldados de caballería, matando a todos los in-

\* N. del A.: *Tilangas* es, al parecer, una referencia a Telangana, en la actual Andhra Pradesh, donde los británicos reclutaron en un principio a muchos de sus cipayos durante las Guerras Carnáticas del siglo XVIII. En Delhi, el nombre parece haberse adoptado para designar a las tropas entrenadas por los británicos, si bien hacía tiempo que estos habían sustituido a Telangana por Avadh como principal campo de reclutamiento, por lo que en 1857 la mayoría de los cipayos procedían del actual Uttar Pradesh y de algunas zonas de Bihar. El apelativo de *purbias*, utilizado en Delhi alternativamente con el de *tilangas*, significa simplemente «procedentes del este». Ambos términos sugieren las mismas connotaciones de extranjería, refiriéndose a los «extranjeros del este».

gleses con los que se encontraban y cortándolos en rodajas como si fueran zanahorias o rábanos [...].<sup>25</sup>

Sin embargo, solo dos semanas después, en la edición del 24 de mayo, después de que los no remunerados cipayos hubieran saqueado la mayoría de los bazares de Delhi, destruido la biblioteca de la universidad, atacado los *havelis*\* de sus amigos y monopolizado a todas las cortesanas más deseables de la ciudad, el tono de Baqir había cambiado por completo: «La población se siente gravemente acosada y harta del pillaje y el saqueo –escribió–. Los ciudadanos acomodados y respetables se enfrentan a un gran peligro [...] la ciudad está siendo devastada».<sup>26</sup> En agosto, sus columnas del *Dihli Urdu Akbhar* abundaban en detalles sobre la manera en que los vagos y bárbaros cipayos de Bihari –como él los consideraba– se habían suavizado al descubrir el lujo y la sofisticación de Delhi:

En el momento en que beben el agua de la ciudad y se dan una vuelta por el mercado de Chandni Chowk y [...] se acercan a la Jama Masjid para disfrutar de los dulces de Ghantawala [la confitería más famosa de Delhi], se frenan sus impulsos de luchar y matar al enemigo y pierden toda su fuerza y resolución [...] Numerosas personas sostienen que muchos cipayos entran en batalla sin bañarse, aun después de haber pasado varias noches en los barrios de las cortesanas.\*\* Los reveses que han sufrido y la confusión general que tenemos que soportar es en parte resultado de este indecoroso comportamiento».<sup>27</sup>

Para entonces, Baqir ya había cambiado en secreto de bando y se había convertido en informador de los británicos. Sus informes de espionaje, enviados de forma clandestina desde la ciudad al campamento británico de la Cordillera, se conservan todavía en los archivos de la Oficina del Comisario de Delhi.

Una gran parte de los Documentos del Motín son peticiones de *delhiwallahs* corrientes que han sufrido a manos de los cipayos; invariablemente están dirigidos a Zafar, de quien esperan protección frente a los cada vez más desesperados *tilangas*. Resulta significativo que, en sus peticiones a la corte, las palabras de los ciudadanos normales de Delhi

\* N. de la T.: Casa, mansión.

\*\* N. del A.: Dado que al parecer los musulmanes deben lavarse tras mantener relaciones sexuales, el reproche se refiere tanto a la higiene como a la impureza ritual.

a la hora de describir lo que está ocurriendo en 1857 no sean *Ghadr* (motín) ni mucho menos *Jang-e Azadi* (lucha de liberación, o, más literalmente, guerra de liberación), sino *fasad* (disturbios) y *danga* (alboroto o conmoción). Para los habitantes de Delhi, la realidad cotidiana de lo que ocurría en 1857 no tenía tanto que ver con la liberación como con la violencia, la incertidumbre y el hambre. En efecto, al leer los Documentos del Motín, hay veces en que parece como si el asedio de Delhi se hubiera convertido en un enfrentamiento a tres bandas en el que cipayos y británicos luchaban entre sí y en medio del cual se veía atrapada la población de Delhi, víctima de la violencia de ambas partes. Es evidente que Zafar creía que su obligación era proteger a la gente de Delhi tanto de los *firangi* (extranjeros, francos) como de los *tilangas*.

Sin embargo, la creciente separación entre la población de Delhi y los cipayos, tan clara en las diversas fuentes, nunca hasta la fecha había sido reflejada por ningún historiador. Para los británicos imperialistas, el asedio de Delhi constituyó un gran momento del heroísmo británico frente a las masas de indígenas desagradecidos e indiferenciados. Para los historiadores nacionalistas posteriores a la proclamación de la Independencia, la de 1857 fue una gran lucha patriótica protagonizada por unos heroicos combatientes que peleaban por la libertad contra los malvados imperialistas. Pero la realidad ha resultado ser mucho menos clara. La verdad es que Ghalib no era el único en considerar a los cipayos, con toda la prepotencia característica de los aristócratas de Delhi, como unos «negros» problemáticos y maleducados.



No obstante, a pesar de toda la ambigüedad de las equívocas respuestas de Delhi a 1857, actualmente está claro hasta qué punto esta ciudad fue clave para el gran Levantamiento. Ya que, a pesar de su naturaleza difusa y fracturada, muchos de los diferentes elementos que dieron lugar al Levantamiento convergieron en un solo objetivo: restaurar el imperio mogol.

Durante un siglo, este hecho ha sido ocultado en parte por los historiadores nacionalistas, para quienes la idea de los cipayos hindúes entrando en tropel en Delhi para revivir el imperio mogol constituía poco menos que un anatema. Desde la publicación del libro de V. D. Savarkar titulado *The Indian War of Independence, 1857*, publicado en 1909, el

inicio de la marcha en Barrackpore ha sido considerado el hecho crucial del motín, y Mangal Pandey su principal icono. Esta posición se ha visto reafirmada por la reciente película bollywoodiense llamada sencillamente *Mangal Pandey* en hindi, a pesar de ser conocida como *The Rising* [El levantamiento] en su versión inglesa. Sin embargo, en muchos aspectos, Pandey fue una figura casi irrelevante para el estallido que dos meses después, en mayo, tendría lugar en Meerut.<sup>29</sup>

En cambio, los insurgentes de Meerut se dirigieron directamente a Delhi, ante la corte del Gran Mogol, la única fuente de legitimidad clara reconocida en todo el Indostán.<sup>30</sup> Incluso en Lucknow, los cipayos se levantaron en armas en nombre del emperador, y la corte, en rebelión contra Delhi desde finales del siglo XVIII, mandó un enviado allí para pedirle a Zafar que confirmara el título de visir para su joven heredero Birjis Qadir, quien ya estaba acuñando sus monedas en nombre del emperador. Lo mismo puede decirse de Cawnpore, donde los rebeldes celebraron su victoria como debida «al poder de destrucción del enemigo propio del emperador».<sup>31</sup>

Si Mangal Pandey fue la inspiración de los cipayos, lo cierto es que estos no lo manifestaron así, ni tampoco salieron corriendo hacia Barrackpore o Calcuta. Por el contrario, es indudable que el gran golpe maestro del Levantamiento fue la captura de Delhi. El hecho de que Zafar otorgara su apoyo tácito convirtió de inmediato lo que era un motín militar —uno de los muchos motines y actos de resistencia armada que tuvieron lugar en tiempos de la Compañía— en un crucial desafío político al dominio británico de la India, y desató lo que enseguida llegaría a ser el más grave enfrentamiento armado contra el imperialismo acontecido en el siglo XIX en todo el mundo.

Ya que, por impotente que se mostrara en muchos aspectos, Zafar seguía siendo el *Khalifa*, el gobernador de Dios en la Tierra. Cuando la gente de Delhi hacía un juramento, en lugar de poner la mano sobre las Escrituras, juraban «por el trono del emperador».<sup>32</sup> Cuando Emily Eden fue a Delhi acompañando a su hermano el gobernador general, lord Auckland, incluso los integrantes del séquito del gobernador general se inclinaron ante el emperador, tanto si eran hindúes como musulmanes: «Todos nuestros sirvientes expresaron una profunda veneración —escribió Emily—. Todos los indígenas veían al rey de Delhi como su legítimo señor, y eso es lo que es, supongo».<sup>33</sup>

Según se le describe en su retrato de coronación, era «Su divina majestad, el califa de todos los tiempos, el *Padshah* glorioso como Jamshed, el que está rodeado por una corte de ángeles, la sombra de Dios, el refu-

gio del islam, el protector de la religión mahometana, descendiente de la dinastía timúrida, emperador de emperadores, el más poderoso rey de reyes y sultán de sultanes». Desde este punto de vista, era la Compañía de las Indias Orientales la verdadera rebelde, la culpable de la revuelta contra un superior feudal a quien había jurado lealtad durante dos siglos; después de todo, la Compañía había gobernado durante mucho tiempo como el recaudador de impuestos de los mogoles en Bengala, y hasta hacía poco se venía considerando a sí misma como vasalla del Mogol incluso en su sello y sus monedas.<sup>34</sup>

Por esta razón, muchas personas corrientes del norte de la India respondieron al llamamiento de Zafar, para asombro de los británicos, que hacía tiempo habían dejado de tomarle en serio, y quienes, tras haber perdido por completo el contacto con la opinión india, se quedaron atónitos ante la reacción del Indostán\* a su llamada. Pendientes solo de la impotencia de Zafar, los británicos habían dejado de reconocer el carisma que el nombre del Mogol seguía teniendo, tanto para los hindúes como para los musulmanes, en el norte de la India. Mark Thornhill, el recaudador británico de Mathura, dejaba constancia de su propia sorpresa en su diario, justo después de que los rebeldes tomaran Delhi:

No paraban de hablar del ceremonial de palacio y de cómo podría revivirse. Especulaban sobre quién sería el gran chambelán, cuál de los jefes de Rajputana vigilaría las diferentes puertas y quiénes serían los cincuenta y dos rajás que se unirían para poner al emperador en el trono [...] Mientras les escuchaba, me di cuenta como nunca antes hasta ahora de la profunda impresión que el esplendor de la antigua corte había causado en la imaginación popular, de lo que amaban sus tradiciones y de la fidelidad, del todo desconocida para nosotros, con la que las habían mantenido. Había algo extraño en el imperio mogol que empezaba a adquirir una presencia fantasmagórica después de un largo letargo de cien años.<sup>35</sup>

---

\* N. del A.: El Indostán designa a la región de la India septentrional que abarca los actuales estados indios de Haryana, Delhi, Uttar Pradesh y ciertas zonas de Madhya Pradesh y Bihar, en las que se habla el indostaní, y el área a menudo denominada en los modernos periódicos indios como «el cinturón de la vaca». Mientras que en el siglo XIX en las fuentes urdus rara vez se utilizaba el término «India», existe una profunda conciencia de la existencia del Indostán como una unidad, con Delhi como centro político. Este fue el área más gravemente convulsionada en 1857.

Para muchos, el atractivo del emperador mogol era tanto religioso como político. En lo que a los participantes indios se refiere, el Levantamiento fue arrolladoramente expresado como una guerra de religión y considerado como una acción defensiva contra los rápidos avances que los misioneros y el cristianismo estaban consiguiendo en la India, y también como una lucha más generalizada para liberarse del dominio extranjero. Los historiadores marxistas de las décadas de 1960 y 1970 han presentado por lo general el Gran Motín como una rebelión contra las políticas sociales y económicas británicas, como una revuelta a la vez urbana y campesina, desencadenada por la pérdida de derechos y oportunidades de empleo, entre otras muchas circunstancias. Sin duda todo ello influyó de alguna manera. Sin embargo, cuando los participantes indios en el Levantamiento expresaron sus razones para rebelarse –como hacen con bastante frecuencia y cierto detalle en los Documentos del Motín–, lo que siempre manifiestan es que sobre todo se resistían a la intención de la Compañía de imponer el cristianismo y las leyes cristianas en la India –algo que muchos ingleses evangélicos de hecho ya estaban contemplando.

Como los cipayos le dijeron a Zafar el 11 de mayo de 1857, «hemos unido nuestras manos para proteger nuestra religión y nuestra fe». <sup>36</sup> Más tarde se plantaron en Chandni Chowk, la calle principal de Delhi, y le preguntaron a la gente: «Hermanos: ¿estáis con los que defienden la fe?». <sup>37</sup> Los hombres y mujeres británicos que se habían convertido al islam –y en Delhi había un sorprendente número de ellos– no resultaron heridos; pero los indios que se habían convertido al cristianismo fueron eliminados al instante. Todavía el 6 de septiembre, cuando se hizo un llamamiento para que la gente de Delhi se congregara contra el inminente ataque de los británicos, una proclama emitida en el nombre de Zafar expresaba con mucha claridad «que esta es una guerra religiosa que se libra en nombre de la fe, y corresponde a todos los hindúes y musulmanes residentes en la ciudad imperial, o en los pueblos de todo el país [...] continuar fieles a su fe y sus creencias». <sup>38</sup> Incluso si aceptamos que la palabra «religión» (para los musulmanes, *din*) a menudo se usa en el sentido muy general y no sectario de *dharma* (deber o religiosidad) –de manera que cuando los cipayos se rebelan para defender su *dharma*, están defendiendo tanto su estilo de vida como su identidad religiosa–, no deja de ser muy significativo que las fuentes urdu se referan por lo general a los británicos no como *angrez* (los ingleses) o *goras* (blancos) o incluso *frangis*, sino casi siempre como *kafirs* (infieles) y *nasrani* (cristianos).

Aunque la gran mayoría de los cipayos eran hindúes, en la principal mezquita de Delhi se enarboló una bandera de la yihad, y muchos de los insurgentes se describieron a sí mismos como muyahidín, *ghazis* o yihadistas. De hecho, al final del asedio, después de que una proporción significativa de los no retribuidos, hambrientos y desilusionados cipayos se hubiera disuelto, el número de yihadistas de Delhi aumentó hasta representar alrededor de una cuarta parte de la totalidad de las fuerzas de combate, lo que incluía un regimiento de «*ghazis* suicidas» de Gwalior que había jurado no volver a comer y luchar hasta encontrar la muerte a manos de *kafirs*, «dado que los que han venido a morir no necesitan comida».<sup>39</sup>

Una de las causas del malestar, según una fuente de Delhi, fue que «los británicos cerraran las madrasas».<sup>40</sup> Estas palabras no encontraron eco en los historiadores de la década de 1960. Lamentablemente, en la actualidad, tras las desgracias del 11 de septiembre y el 7 de julio, son frases que se entienden a la perfección, y las expresiones como yihad destacan en las polvorientas páginas de estos manuscritos, exigiendo atención.



Si todo esto encuentra un fuerte eco en la actualidad, en otros aspectos el Delhi de hoy parece sentirse cada vez más lejos de su pasado mogol. En el Delhi moderno, una clase media punyabí cada vez más adinerada vive hoy dentro de una ambiciosa burbuja de recién construidos centros comerciales, modernas cafeterías y multicines. En una visita a Najafgarh, a veinte kilómetros del Aeropuerto Internacional Indira Ghandi, escenario de una de las batallas más importantes durante el asedio de Delhi, descubrí que ningún habitante de la localidad tenía conocimiento ni guardaba recuerdos familiares de la batalla, y, en cambio, decenas de carteles que ofrecían trabajo en centros de atención telefónica cubrían la última ruina mogola que quedaba en la ciudad, la puerta de Delhi.

Por todas partes surgen nuevos barrios, llenos de oficinas de soporte técnico, empresas de *software* y lujosos bloques de apartamentos, todo ello en plena expansión en una zona donde hasta hace solo dos años no había más que campos de trigo. Esta India de una rápidamente emergente clase media, es un país con los ojos firmemente puestos en el futuro. En todas partes existe la profunda esperanza de que el veloz

ascenso del estatus internacional del país compense de alguna manera un pasado percibido con frecuencia como una larga sucesión de invasiones y derrotas a manos de potencias extranjeras. Sea cual fuere la razón, el resultado es un trágico olvido del esplendoroso pasado de Delhi. A veces parece la ciudad menos amada o menos atendida del mundo. De vez en cuando surge alguna protesta cuando se descubre que la tumba del poeta Zauq ha desaparecido bajo un urinario público o que el jardín de la *haveli* de su rival Ghalib resulta haberse convertido en un almacén de carbón; pero, en general, estas pérdidas pasan inadvertidas.

A mí me resulta descorazonador: a menudo, cuando vuelvo a visitar alguno de mis monumentos favoritos, me encuentro con que ha sido ocupado por una nueva barriada o terminal de contenedores, descuidadamente restaurado o reconstruido por la Oficina de Inspección Arqueológica de la India (ASI, en sus siglas en inglés) o, con más frecuencia, sencillamente destruido. El noventa y nueve por ciento de las hermosas mansiones con jardín o *havelis* de la época mogola del Viejo Delhi han sido destruidas y, al igual que gran parte de las murallas de la ciudad, han desaparecido de la memoria. Según el historiador Pavan Varma, la mayoría de los edificios que recogía en su libro *Mansions at Dusk* (El ocaso de las mansiones) hace tan solo diez años, ya no existen. Puede que en el olvido del pasado intervenga un factor cultural. Como un conservacionista me explicó recientemente: «tienes que entender —dijo—, que nosotros los hindúes quemamos a nuestros muertos». Sea cual sea el motivo, la pérdida del pasado de Delhi es irremplazable y estos grandes fallos de conservación perpetrados a principios del siglo XXI serán vistos con una profunda tristeza por las generaciones futuras.

En ocasiones, durante mis paseos en las tardes de invierno, me acerco a las encantadoras y profundamente evocadoras ruinas del palacio de verano de Zafar en Mehrauli, situado a poca distancia de mi casa de Delhi, y cuando lo contemplo desde la gran verja de entrada, me pregunto qué le habría parecido todo esto a Zafar. Mirando el santuario sufí que linda con su palacio, sospecho que él habría conseguido de alguna manera acomodarse a la rápidamente cambiante ciber-India de la externalización, los centros de atención telefónica y las grandes empresas de *software* que se están imponiendo de una forma vertiginosa sobre lo poco que queda de su mundo. No en vano, el realismo y la capacidad de aceptación eran cualidades en las que Zafar sobresalía. A pesar de la tragedia que fue su vida, él fue capaz de darse cuenta de que el mundo seguía girando y que por mucho que

## EL ÚLTIMO MOGOL

uno proteste, la gran caravana de la vida continúa su avance. Como dice un poema que se suele atribuir a Zafar que al parecer escribió poco después de entrar en prisión:

Cuando llegaste a mí envuelta en sedas y me deslumbraste  
con la belleza de tu primavera,  
hiciste florecer  
el amor dentro de mi ser.

Viviste conmigo, respiraste mi aliento,  
formaste parte de mi ser, no te fuiste de mi lado;  
pero ahora la rueda del tiempo ha girado  
y te has ido; ya no tengo alegría.

Posaste tus labios en los míos,  
sentí tu corazón sobre mi corazón palpitante,  
y ya no quiero enamorarme más,  
porque el que vendía la medicina del amor  
ha echado el cierre, por más que yo busque en vano.

De mi vida no sale ahora ningún rayo de luz,  
no alegre ya el corazón ni la vista de nadie;  
vivía fuera del polvo y he vuelto al polvo.  
No soy de utilidad para nadie.

Delhi fue antaño un paraíso,  
en el que el amor dominaba y reinaba;  
pero su encanto ha sido violado  
y solo quedan ruinas.

No se derramaron lágrimas cuando  
les enterraron en las fosas comunes;  
no se leyeron oraciones por los nobles muertos,  
sus sepulturas siguen siendo anónimas.

El corazón angustiado, la carne herida,  
la mente ardiendo, los crecientes suspiros;  
la sangre derramada, el corazón roto,  
las pestañas llenas de lágrimas.

Pero las cosas no pueden permanecer  
así que, ¿quién sabe, Zafar?  
Gracias a la gran misericordia de Dios y del Profeta,  
quizá todo, al final, esté bien.<sup>41</sup>

William Dalrymple  
Nueva Delhi, enero de 2006

## NOTAS

- 1 ANI, Departamento de Exteriores, Político, noviembre de 1862, pp. 204/262.
- 2 Pritchett, F. W. P., 1994, 10.
- 3 ANI, Departamento de Exteriores, Misc., vol. 361, Resumen de la Inteligencia de Palacio. Para las friegas con aceite *vid.* la entrada del lunes 29 de marzo de 1852; para la caza, *vid.* la entrada del jueves 13 de abril de 1852; para la visita a los jardines, *vid.* el viernes 16 de abril de 1852, para el disfrute de la luz de la luna, *vid.* la entrada del sábado 10 de septiembre; para las infidelidades de las concubinas de BSZ, *vid.* la entrada del sábado del 17 de abril; para otros embarazos entre las concubinas imperiales, *vid.* la entrada del martes 30 de agosto de 1853.
- 4 OIOC, documentos de Vibart, Eur Mss 135/19, Vibart a su tío Gordon, 22 de septiembre de 1857.
- 5 Hodson, comandante W. S. R., 1859, 302.
- 6 Campbell, *sir G.*, 1893, vol. I.
- 7 Russell, W. H., 1860, vol. I, 60.
- 8 *Ibid.*, vol. 2, 51.
- 9 Cit. en Pritchett, F. W. P., *op. cit.*, 29.
- 10 Cit. en Russell, R. y Islam, K., 1994, 269.
- 11 Russell, R., 2003, 166, 188.
- 12 Fergusson, J., 1876, 594.
- 13 Teniente William Franklin en la edición de 1795 de la nueva *Asiatic Researches*.
- 14 Nugent, *lady M.*, 1839, vol. 2, 9.
- 15 Habib, I., 1998, 6.
- 16 La colección fue catalogada en 1921. *Vid.* Imperial Records Department, *Press List of Mutiny Papers 1857 Being a Collection of the Correspondence of the Mutineers at Delhi, Reports Spies to English Officials and Other Miscellaneous Papers*, 1921.
- 17 Smith, V., 1923, 731.
- 18 ANI, Documentos del Motín, Cazador de pájaros, colección 67, n.º 50, 14 de julio; comerciante de caballos, colección 67, n.º 76, 27 de julio; jugadores, colección 62, n.º 80, 3 de agosto; confiteros, colección 61, n.º 296, 4 de agosto.
- 19 ANI, Documentos del Motín, Hasni el bailarín, colección 62, n.º 84, s. f.; vendedor de kebab, colección 103, n.º 132, 10 de julio; Manglu la cortesana, colección 60, n.º 603, 29 de agosto.

- 20 Es cierto que muchos expertos, sobre todo Aslam Parvez y Mahdi Husein, ya han recurrido de forma superficial a parte del material que ofrecen los Documentos del Motín, y Margrit Pernau lo ha utilizado de forma extensa para su estudio de los musulmanes del siglo XIX en Delhi, pero creo que este libro es el primero en el que se ha hecho un uso sistemático y adecuado del material para el estudio de Delhi en 1857.
- 21 En la actualidad, Margrit Pernau está trabajando en un proyecto para traducir y publicar estas riquezas, así como la publicación *Akhbarat*, predecesora de los periódicos impresos. Hasta el momento los especialistas habían utilizado solo breves pasajes traducidos en Khan, N. A., 1991.
- 22 La única historiadora de Delhi que al parecer ha utilizado el archivo del Punjab es Sylvia Shorto, que se basó en dicho material para su fascinante tesis, Shorto, S., 2004.
- 23 Stokes, E., 1978; *id.*, 1986; Mukherjee, R., 1984; Roy, T., 1994.
- 24 *Vid.* Mukherjee, R., *op. cit.*
- 25 *Dilhi Urdu Akbhar*, 17 de mayo de 1857.
- 26 *Ibid.*, 24 de mayo de 1857.
- 27 *Ibid.*, 23 de agosto de 1857.
- 28 Ghalib solía referirse a los amotinados con el término «negros» en sus dos trabajos publicados, como *Dastanbuy*, y en su correspondencia privada. *Vid.*, por ejemplo, Russell, R., *op. cit.*, 167.
- 29 Rudrangshu Mukherjee lo explica muy bien en su excelente monografía breve: Mukherjee, R., 2005, 63.
- 30 Sin embargo, por supuesto, había gente que se resistía a la demanda de los mogoles, como los nababs de Avadh y, más lejos, el sultán Tipu.
- 31 Mukherjee, R., 1990, 110-111.
- 32 Qamber, A., 1979, 62.
- 33 Emily E., 1930, 97.
- 34 F. W. Buckler (1891-1960) ofrece una excelente explicación de esta cuestión tan importante en su celebrado ensayo de 1922, 71-100.
- 35 Thornhill, M., 1884, 7.
- 36 ANI, Documentos del Motín, colección 60, n.º 830.
- 37 OIOC, Eur Mss B 138, *The City of Delhi during 1857*, traducción del relato de Said Mobavak Shah.
- 38 *Cit.* por la acusación en el discurso final del juicio a Zafar, Muhammad Bahadur Shah, 1859 (en adelante, Juicio), 142.
- 39 OIOC, documentos de Montgomery, n.º 198, 7 de septiembre de 1857.
- 40 Khairabadi, Fazl ul-Haq, 1957.
- 41 *Vid.* nota al pie en la página 484.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«Una crónica cautivadora».

*Economist*

«Brillante».

*Guardian*

«Sobresaliente».

*Evening Standard*

«Investigación impecable».

*Wall Street Journal*

«Un libro tan reivindicativo como notable».

*Sunday Times*

---

Bahadur Shah Zafar II, el último emperador mogol por cuyas venas corría la sangre de Tamerlán y Gengis Khan, fue un místico, un gran poeta y un hábil calígrafo que, aunque privado del poder político real por la Compañía de las Indias Orientales, se rodeó de una brillante corte y presidió uno de los grandes renacimientos culturales de la historia de la India. En 1857, fue la bendición de Zafar a una rebelión entre los cipayos de la Compañía la que transformó lo que en principio parecía un simple motín en el levantamiento más grande que el Imperio británico tuviese jamás que sofocar. *El último mogol* es un retrato de la deslumbrante Delhi que Zafar personificaba, la historia de los últimos días de la gran capital mogola y de su destrucción final en la catástrofe de 1857.

William Dalrymple, que ya nos cautivó con *El retorno de un rey* y *La anarquía*, ofrece un poderoso relato de estos fatídicos acontecimientos, por vez primera narrados desde la perspectiva india, a partir de más de veinte mil documentos que el autor encontró en los Archivos Nacionales de India, escritos por habitantes de Delhi que sobrevivieron a la masacre.

Una obra extraordinaria, con claros ecos contemporáneos, en cuyo corazón laten las vidas e historias de individuos, indios e ingleses, trágicamente arrollados en uno de los episodios más sangrientos de la historia de la India.

---

**2006 - Ganador del Duff Cooper Memorial Prize.**

**2007 - Ganador del Vodafone Crossword Book Award.**

ISBN: 978-84-123817-2-6



9 788412 381726

P.V.P.: 27,95 €

**HISTORIA  
DE ASIA**